

La identidad sacerdotal según el magisterio del beato Marcelo Spínola y Maestre

Modelo y maestro de sacerdotes¹

Jesús Donaire Domínguez

Centro de Estudios Teológicos de Sevilla

Resumen: En este artículo expondremos los elementos fundamentales del pensamiento teológico que estructura las enseñanzas sacerdotales de nuestro autor. Entraremos de lleno en lo que conforma la reflexión ministerial, partiendo del ser sacerdotal y aterrizando en el actuar, de la esencia a la existencia, de la ontología a la funcionalidad, de la sacramentalidad a la ministerialidad. De esta forma, nos adentraremos en su amplia y rica doctrina sacerdotal que expuso con admirable sabiduría en bien de la formación y acompañamiento de los sacerdotes.

Abstract: In this paper we expose the main elements from the theological thinking that structures the priest teachings of our author. We will study in depth his ministry reflection, starting from the reality of being a priest and specifying the way to act, from the essence to the existence, from the ontology to the functionality, from the sacrament to the ministry. In such a way, we will entry into his broad and rich doctrine, being wisely explained during his training and accompanying of priests.

1. INTRODUCCIÓN: NATURALEZA Y FINALIDAD DEL SACERDOCIO MINISTERIAL

Vamos a presentar el magisterio sacerdotal de don Marcelo, y lo vamos a hacer partiendo de la concepción que nuestro protagonista tiene del sacerdocio ministerial. Pero antes de exponer sus enseñanzas, conviene clarificar algunos

¹ Es éste un extracto resumido de la segunda parte de la tesis doctoral que, defendida en Roma en mayo de 2014, presenta los rasgos más característicos que configuran el magisterio sacerdotal del beato Marcelo Spínola y Maestre.

conceptos que emplearemos repetidamente. Me refiero a las nociones de sacerdocio común y sacerdocio ministerial.

En virtud del sacramento del bautismo todos los fieles cristianos participan de la triple potestad sacerdotal, profética y real de Jesucristo. El Concilio Vaticano II, cimentado sobre la más genuina tradición teológica, afirma que los laicos *“están incorporados a Cristo por el bautismo, que forman el pueblo de Dios y que participan de las funciones de Cristo: sacerdote, profeta y rey”*². Esta participación en los tria-munera de Cristo³, es lo que nos permite hablar de sacerdocio común de los fieles⁴, por medio del cual, todo cristiano está llamado a ofrecer con su propia vida un culto o sacrificio espiritual agradable a Dios⁵. Se trata de un culto existencial, expresión del auténtico culto que Dios desea de todo hombre, y cuyo momento culminante es la participación en el sacrificio eucarístico⁶.

Además del sacerdocio bautismal, en la Iglesia, pueblo de Dios⁷, encontramos el sacerdocio ministerial, que se diferencia del anterior *“esencialmente y no sólo de grado”*⁸. Con esto se nos está indicando que, aun procediendo ambos sacerdocios de la misma raíz: Jesucristo, son diversos en su esencia, es decir, en su naturaleza más íntima y en la finalidad para la que ambos han sido establecidos. No en referencia a la cualidad o cantidad, dignidad o majestad que uno u otro pueden representar, sino, en lo que se refiere a la capacidad o facultad que Dios otorga a la persona que elige para desempeñar dicho sacerdocio, y que en el caso de sacerdocio ministerial, está ordenada sacramentalmente para el bien espiritual de toda la comunidad cristiana⁹. Pero intentemos explicarlo un poco mejor, acudiendo al argumento que queremos esgrimir en el presente trabajo.

La afirmación de que existe una intrínseca correlación entre la identidad y espiritualidad sacerdotal, encuentra su fundamento más estable en la clásica

² CONCILIO VATICANO II, *Lumen gentium* 31.

³ Cf. JUAN PABLO II, *Christifideles laici* 14, en <http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/apo_st_exhortations/documents/hf_jpii_exh_30121988_christifideles-laici_sp.html> (02-06-2014).

⁴ Cf. LG 10; AA 3; AG 15; PO 2.

⁵ *“Al acercaros a Él, piedra viva desechada por los hombres, pero elegida y preciosa para Dios, también vosotros, como piedras vivas, entráis en la construcción de una casa espiritual para un sacerdocio santo, a fin de ofrecer sacrificios espirituales agradables a Dios por medio de Jesucristo”* (1 Pe 2, 4-5).

⁶ *“Todas sus obras, sus oraciones e iniciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el trabajo... si son hechas en el Espíritu, e incluso las mismas pruebas de la vida, si se sobrellevoan pacientemente, se convierten en sacrificios espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo, que en la celebración de la eucaristía se ofrecen piadosamente al Padre junto con la oblación del Cuerpo del Señor”* (LG 34).

⁷ Cf. Rom 12, 1-2; Ef 2, 18-22; Heb 13, 15; Ap 1, 5-6; 5, 6-10; 20, 4-6.

⁸ LG 10.

⁹ *“Il sacerdote ordinato ha ricevuto dallo Spirito il dono di essere e operare a servizio della comune crescita verso la santità... Il ministro agisce in persona Christi e in nomine Ecclesiae... è essenzialmente coinvolto, perché chiamato a conformarsi a Cristo, ad essere segno sacramentale personale di Cristo capo e sacerdote”* (G. GROSSO, *Spiritualità sacerdotale*, Dispense ad uso degli studenti, Pontificio Istituto di Spiritualità “Teresianum”, Roma 2011, 14).

doctrina tomista, según la cual, “*el orden del ser configura el orden del actuar*”¹⁰, que aplicado a nuestro ámbito se traduce afirmando que la identidad ontológica y existencial del ser sacerdotal, ordena y establece su vivencia espiritual concreta. Cada uno actúa conforme a lo que es, en coherencia interna con aquello que constituye su ser más profundo.

Así, de la visión o noción teológica que del sacerdocio ministerial se tenga, deriva la forma determinada de vivir espiritualmente el ministerio ordenado. De manera que como se conciba la identidad sacerdotal, así se vivirá la espiritualidad. Identidad y espiritualidad se corresponden mutuamente. Por eso, analizamos previamente la noción sacerdotal que define y configura el ser sacerdotal y esa noción establecerá su vivencia espiritual. Una identidad sacerdotal que, como veremos, sólo es posible alcanzar mediante la plena identificación con quien es la fuente de todo sacerdocio: Jesucristo. Como afirma el beato Spínola: Cristo lo es todo para el sacerdote. Él “*lo sacó de la nada (como a los apóstoles), lo ennobleció, lo educó y le confirió sus intereses*”¹¹.

Se trata, pues, de responder a una pregunta ineludible: ¿cuál es la identidad específica del sacerdote?, ¿qué elementos o rasgos característicos la definen? La respuesta a dicha cuestión nos conducen a lo que podemos denominar las dimensiones que conforman la naturaleza y finalidad del sacerdocio. Estas dimensiones o coordenadas son dos: la ontológica de la que brota la sacramentalidad, y la existencial de la que procede la ministerialidad¹². Ambas dimensiones vienen a ser los pilares firmes y sólidos sobre los que se consolida y eleva todo el edificio del sacramento del orden sacerdotal¹³, no

¹⁰ Santo Tomás afirma que el actuar sigue al ser: “*actio sequitur esse*”; de donde se deduce que sólo el desarrollo es positivo si está en consonancia con la identidad. Si el actuar ministerial está en conformidad con la naturaleza de su ser, podemos afirmar que hay verdadera acción sacerdotal. En cuanto a la espiritualidad, se puede afirmar que es auténtica cuando la precede y sustenta una adecuada noción de la identidad sacerdotal (Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma contra gentiles* III, 69; C. LAUDAZI, *L'uomo chiamato all'unione con Dio in Cristo. Temi fondamentali di teologia spirituale*, Edizioni OCD, Roma 2006, 18).

¹¹ AMS F. 32, 68.

¹² La mayoría de los autores contemporáneos reflexionan en esta línea. Basta ojear las ponencias de los últimos simposios o congresos celebrados en España sobre el ministerio sacerdotal y su espiritualidad (Cf. CEC, *Simposio sobre la Espiritualidad del presbítero diocesano secular*, 30 oct.-2 nov., EDICE, Madrid 1986; CEC, *Congreso de Espiritualidad Sacerdotal*, 11-15 sep., EDICE, Madrid 1989; UNIVERSIDAD DE NAVARRA, *La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales. XI Simposio Internacional de Teología*, 18-20 abr., Servicio de publicaciones de la Universidad de Navarra, Navarra 1990).

¹³ En este sentido, es necesario superar todo reduccionismo en la noción del sacerdocio ministerial. Concebir el sacerdocio solamente desde su aspecto ministerial o funcional es un error que convierte al sacerdote en un “funcionario” de lo religioso. Lo mismo ocurre cuando se le concibe desde una visión meramente ontológica, sacralizando de tal manera su persona y acción, que sólo se ensalzan sus “dignidades” basadas en sus poderes culturales. Esta noción parcial crea en el sacerdote una cierta aureola de sacralidad que le separa del pueblo encomendado y le hace caer en una cierta soberbia y engreimiento inaceptables. En ambos casos citados, la historia de la Iglesia ha demostrado la importancia de mantener un sólido equilibrio que nos haga comprender con hondura la gran riqueza de la complejidad del ministerio presbiteral, sin caer en polarizaciones reduccionistas (Cf. S. GAMARRA, *Líneas de convergencia en la espiritualidad del presbítero*, Actas del Simposio sobre la Espiritualidad del presbítero diocesano secular, 30 oct.-2 nov., Madrid 1986, 679-690).

sujetos a las convulsiones y vaivenes a las que los tiempos y las modas, incluso en el ámbito teológico, las pueden someter¹⁴. En el ministro ordenado, ambas realidades, ontología y existencia, o dicho de otra manera; sacramentalidad y ministerialidad, se han de conjugar y armonizar convenientemente para definir la auténtica imagen del sacerdote; su verdadera identidad¹⁵. Don Marcelo lo ha expresado de manera sencilla, pero real, al afirmar que en Cristo encuentra el sacerdote su verdadera y única identidad: *“dado a Cristo por la índole de su ministerio lo está además por su consagración sacerdotal”*¹⁶.

2. LA DIMENSIÓN ONTOLÓGICA Y SACRAMENTAL DEL ORDEN SACERDOTAL

La Iglesia ha recibido del Señor Jesús su autoridad y potestad, y ha quedado de esta forma, erigida en sacramento de Cristo¹⁷. Confiriéndole esta dimensión sacramental, la comunidad eclesial, está capacitada para realizar la tarea y cumplir con la misión que el mismo Señor le confió. En boca de uno de los más distinguidos teólogos actuales; *“la sacramentalidad de la Iglesia es, sin duda, la más importante afirmación del Vaticano II; esta verdad determina todas las demás declaraciones de la Iglesia”*¹⁸. Como sacramento universal de salvación¹⁹, ésta celebra aquellos signos sensibles y eficaces²⁰, denominados sacramentos, que *“instituidos por Cristo y encomendados a la Iglesia, producen la gracia en aquellos que se adhieren a Cristo por medio de la fe”*²¹. Los sacramentos son cauces materiales que comunican la gracia sobrenatural; transmitiéndose por medio ellos la vida divina a los hombres. Pero Cristo ha querido que hubiese en la Iglesia otra realidad ministerial que participase también de esta dimensión sacramental: el sacerdocio ministerial. Así lo expresa el *“Directorio”*, al asociar la identidad del

¹⁴ Este peligro actual, lo constata el *“Directorio”* al decir que *“el efecto más deletéreo que ha causado la generalizada secularización es la crisis del ministerio sacerdotal, crisis que por una parte se manifiesta en la sensible reducción de las vocaciones y, por otra, en la difusión de un espíritu de verdadera pérdida de sentido sobrenatural de la misión sacerdotal, formas de inautenticidad que no pocas veces, en las degeneraciones más extremas, han provocado situaciones de graves sufrimientos... de los ministros sagrados, apóstoles cada vez más desorientados, inmersos en un mundo difícil y continuamente cambiante”* (CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio...*, Presentación).

¹⁵ *“En esta específica identidad cristológica, el sacerdote ha de tener conciencia de que su vida es un misterio insertado totalmente en el misterio de Cristo de un modo nuevo, y esto lo compromete totalmente en el ministerio pastoral y da sentido a su vida”* (CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio...*, 6).

¹⁶ AMS F. 32, 68.

¹⁷ Cf. J. A. SAYÉS, *La Iglesia de Cristo. Curso de Ecclesiológia*, Palabra, Madrid 1999, 227-244. Es muy interesante y extensa la bibliografía que aparece en las páginas de este libro.

¹⁸ M. SCHMAUS, *El credo de la fe católica*, BAC, Madrid 1970, 244.

¹⁹ *“La Iglesia es en Cristo como un sacramento o señal o instrumento de la íntima comunión con Dios y de la unidad del género humano”* (LG 1; cf. LG 48).

²⁰ *“Los sacramentos son signos eficaces de la gracia, instituidos por Cristo y confiados a la Iglesia por los cuales nos es dispensada la vida divina. Los ritos visibles bajo los cuales los sacramentos son celebrados significan y realizan las gracias propias de cada sacramento”* (CCE 1131).

²¹ F. RUIZ, *“Sacramentos”* en *Diccionario de espiritualidad III*, Hélder, Barcelona 1987, 323.

sacerdote con esta dimensión sacramental: *“La identidad del sacerdote, entonces, deriva de la participación específica en el Sacerdocio de Cristo, por lo que el ordenado se transforma, en la Iglesia y para la Iglesia, en imagen real, viva y transparente de Cristo Sacerdote, «una representación sacramental de Jesucristo, Cabeza y Pastor»*²². Por eso, a partir de ahora, trataremos de descubrir cómo y en qué sentido, el orden sacerdotal participa de una realidad sacramental, constitutivamente ontológica, que le viene otorgada expresamente por Cristo, y que el candidato recibe mediante la ordenación sacerdotal.

2.1. “In persona Christi Capitis”: el ideal sacerdotal según don Marcelo

El ideal del sacerdocio que encontramos en el pensamiento de don Marcelo coincide plenamente con el que la Iglesia siempre ha tenido del mismo. Pero, ¿cuál es este ideal sacerdotal que el beato Spínola expondrá a lo largo de su magisterio? O dicho de otra manera, ¿qué concepción o noción del sacerdocio ministerial encontramos en su vida y magisterio? Lo primero que debemos afirmar, como preámbulo, es que nuestro autor ha meditado y contemplado honda e intensamente lo que significa ser sacerdote. Sus enseñanzas no han brotado de un simple aprendizaje intelectual o teórico, meramente racionalista. En ellas se aprecia, más bien, la asimilación de los contenidos fundamentales de la doctrina sacerdotal que presenta la identificación ontológica y existencialmente con Jesucristo, como el elemento fundamental de su magisterio. Éste no es fruto de una mera reflexión erudita; sino más bien, la consecuencia lógica de una asimilación sapiencial en la que está presente el elemento contemplativo. Se percibe que asume e interioriza la doctrina católica sobre el orden sacerdotal, y que a la vez, la eleva y sobrenaturaliza de una manera admirable, penetrándola hasta en sus más elevados argumentos. Por eso, para conocer la naturaleza y finalidad del sacerdocio ministerial en sus enseñanzas, nos hemos adentrado en sus numerosas pláticas, meditaciones, discursos, sermones, cartas pastorales y todo tipo de escritos personales dirigidos al clero de las diferentes diócesis que rigió, y que nos ha servido para delinear lo que él mismo denomina, el “ideal del sacerdote”²³.

Así lo hace en uno de los ejercicios espirituales que imparte al clero, y en los que trata de hacer una reflexión honda y madura de la esencia del sacerdocio y de la finalidad de su ministerio²⁴. Nuestro protagonista quiere que el sacerdote considere la grandeza de la misión a la que Dios le llama y, consiguientemente, procure vivir en consonancia y armonía con ella. Por eso se plantea seriamente

²² CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio...*, 2.

²³ Cf. AMS. F. 32, 39-45.

²⁴ En palabras de don Marcelo, se trata de “un estudio serio de nosotros mismos, de lo que deberíamos ser, de lo que somos y de lo que hemos de ser en lo sucesivo” (AMS F. 32, 39).

conocer el ideal sacerdotal²⁵, no simplemente desde el punto de vista moral, es decir, de las exigencias que conlleva y que analizaremos al hablar de las virtudes sacerdotales; sino, sobre todo, desde la perspectiva teológica, la cual ha de ser el fundamento firme que sostenga todo el edificio ministerial. Por eso, dirá. *“Nada más al alcance de todos que la excelencia del sacerdocio, la dignidad del sacerdote, los oficios y deberes sacerdotales, pero nada más difícil que exponer este asunto de suerte que no sea sección de un tratado de moral. Mil pensamientos han cruzado por mi cabeza, heme decidido a explicar el ideal del sacerdote”*²⁶.

Pero, ¿dónde acudir para conocer este ideal? El cardenal Spínola responde: *“Nos lo dan a conocer dos cosas: el corazón y las obras”*²⁷. Al hablar del corazón se refiere, más concretamente, a las virtudes que han de adornar el corazón del sacerdote y que han de procurar cultivar en grado supremo. En este sentido, don Marcelo afirma que el corazón es el centro del que emana una energía misteriosa y sobrenatural, la fuerza del amor divino, que es capaz de transformar todo lo que encuentra a su paso: *“El corazón del sacerdote, del verdadero sacerdote, es una maravilla de la divina gracia. Las obras de ésta son admirables. «Mirabilis Deus in sanctis suis». Las transformaciones que realiza (conversiones), la fuerza que infunde (martirio), las luces que comunica (doctores) con todas compete lo que hace en el corazón del sacerdote”*²⁸. Por eso, el corazón del ministro ha de estar completamente unido al Corazón de Cristo; ideal del sacerdote y manantial de la vida divina. Se trata, como veremos, de la plena identificación con Jesucristo.

Pero, además del Corazón de Jesús, hay un segundo elemento que nos permite conocer el ideal sacerdotal: sus obras. Concretamente, se refiere a las obras del Corazón de Cristo, y a las que éste realiza en el sacerdote y por medio de él. En este sentido, el ministro ordenado es fiel instrumento de Dios, que Él mismo emplea para beneficio de todos. El beato Spínola subraya con ardor la influencia benéfica que el sacerdote puede ejercer en el pueblo mediante los dones recibidos en la ordenación y su docilidad a la gracia. Si su corazón ha sido transformado ontológicamente mediante la imposición de las manos, éste ha de tratar de ir asemejándose cada día más al Corazón de Cristo, y las obras que realiza, necesariamente han de estar en sintonía con la fuente de la que proceden. Esto sólo es posible tratando de llevar a plenitud la consagración sacramental, su configuración ontológica con Cristo Maestro, Sacerdote y Pastor. A este proceso de asimilación de las virtudes de Cristo e identificación con Él, le vamos a llamar configuración existencial, y la iremos estudiando conforme vaya apareciendo en las enseñanzas de nuestro autor. De momento, transcribimos el texto que mejor

²⁵ Spínola le da una importancia primordial a la toma de conciencia de la identidad sacerdotal porque sabe que de una errónea visión de la misma, se derivan muchos males: *“Nuestro mal es no tener conciencia de lo que somos: ¿tú, quién eres?”* (AMS F. 33, 18).

²⁶ AMS F. 32, 62.

²⁷ Ib.

²⁸ AMS F. 32, 63.

explicita esta conciencia que el beato Spínola tenía de identificarse existencialmente del todo con Cristo, y de que esta transformación se debía advertir en la propia vida y ministerio; en su existencia real y concreta. Dice así:

“El sacerdote debe ser de tal manera, que viéndole se vea a Cristo, para que a esta sociedad, tan ofuscada, se le entre Dios, no sólo por los oídos, sino por los ojos; lo cual expresado de otra forma, quiere decir que el sacerdote ha de ser por sus virtudes fiel copia de Cristo, y como Él humilde, y como Él dulce en su trato y accesible a todos, y como Él puro en términos de que nadie razonablemente lo pueda vituperar y como Él caritativo, y para decirlo en una palabra, a ejemplo del celestial maestro, santo”²⁹.

En definitiva, se trata de llevar a término la gracia recibida en la ordenación. Así lo expresa en un precioso pensamiento en el que compara la gloria humana que buscan los de este mundo, con la gloria de poseer a Dios; dicha y felicidad del alma consagrada:

“Unos ponen su dicha en las riquezas y a la abundancia de estas apellidan su gloria. Otros buscan las honras con empeño, y a la alta posición con que sueñan la denominan su gloria, y hay quienes no tienen otro dios que el placer, el cual es para estos su única gloria. Se engañan todos... Ni el oro, ni los elevados puestos, ni las dichas de la carne dan gloria... Mi gloria es servir a Dios, vivir para Él, ser suyo, pertenecerle de modo perfecto e irrevocable; estarle consagrado. Eso es lo que quiero, la sola cosa que hace palpitar mi corazón; la esperanza que me anima; la fuerza que me sostiene; mi alegría, mi dicha, mi paz”³⁰.

Así pues, la consagración a Dios, el pertenecerle de modo perfecto e irrevocable, y el servirle con la entrega total de la vida, es la única y verdadera gloria de nuestro protagonista. Pero, ¿cómo explica el cardenal Spínola el ideal sacerdotal? Para ello, se vale, como hacía nuestro Señor, de algunos recursos didácticos y pedagógicos que ayuden a hacer más comprensible el mensaje. En su caso emplea habitualmente las imágenes para describir esta difícil realidad que supone la configuración ontológica del sacerdote con Jesucristo y la participación en su ministerio salvador. Es una forma muy particular que encontramos en sus escritos y que usa para transmitir sus enseñanzas; son figuras fuertemente cargadas de contenido teológico. En el fondo encontramos una clara intención pedagógica de transmitir a sus sacerdotes lo que supone el sacerdocio ministerial. No olvidemos que como él mismo señala; “*nada más difícil de exponer [que] este asunto*”³¹. Son varias las imágenes que utiliza, y que hemos clasificado en varios apartados: el sacerdote como “el escogido de Dios”, el “ungido”, el “mediador

²⁹ M. SPÍNOLAY MAESTRE, “Exhortación al clero de esta diócesis”, en 20 BOM (1886), 171-172.

³⁰ AMS F. 66, 23.

³¹ AMS F. 32, 68.

entre Dios y los hombres”, “verbo y encarnación de Cristo”, “imagen de Cristo”, “hombre de Dios” y “ministro del Señor”³². Estas metáforas teológicas ayudan a comprender mejor y mostrar de forma más inteligible, la identificación ontológica y existencial que se da entre el ministro ordenado y Jesucristo, sin la cual, no se puede entender el sacramento del orden. Son figuras que describen con cierta precisión los diferentes rasgos que definen el ser y el actuar de la persona que recibe la llamada al sacerdocio y responde fielmente a ella. Teniendo presentes las enseñanzas de nuestro autor, ahondaremos en ello.

a) *El escogido de Dios*

“Escogido de Dios” es una de las imágenes más usadas por don Marcelo a la hora de hablar del sacerdocio ministerial. Ésta expresa el primer acto de la vocación sacerdotal. En unos ejercicios espirituales, refiriéndose al sacerdote, se pregunta: “¿Quién eres tú? [y responde con convicción:] *Eres el escogido de Dios*”³³.

La elección al sacerdocio ministerial es siempre iniciativa de Dios. Él es quien sale al encuentro del hombre. Lo elige y llama de entre el pueblo, lo transforma por medio de la consagración y le confiere una misión particular: apacentar la porción del pueblo de Dios, a él confiada. “Yo, decía el Salvador a sus apóstoles y en ellos a todos los sacerdotes, «yo os elegí, no a mí vosotros, y os he elevado a los puestos en que estáis colocados, para que marchéis y recojáis frutos duraderos»”³⁴. Se trata de una decisión soberana y libre de Dios, llena de misericordia para con el elegido³⁵. Que nadie es digno de atribuirse tal elección³⁶, y que la llamada brota de la libre determinación divina, es fácil de apreciar en los diferentes relatos evangélicos de la elección de los Doce³⁷. La importancia de esta llamada es puesta de manifiesto por medio de diversos rasgos que aparecen en los sinópticos³⁸. Aunque Jesús ya había llamado a algunos con anterioridad a su

³² Cf. AMS F. 33, 17.

³³ AMS F. 33, 18; cf. AMS F. 33, 56.

³⁴ M. SPÍNOLAY MAESTRE, “Asociación de colaboradores del divino Corazón de Jesús”, en BOM 10 (1888), 253.

³⁵ La mirada de Cristo está siempre cargada de dulzura y bondad (Cf. Mt 16, 17-18; Mc 10, 21; Lc 7, 13; 19, 5; Jn 1, 42). Es grande “el número de los cristianos buenos que mejor que nosotros hubieran desempeñado oficio tan alto”. Por eso, don Marcelo señalará que esta elección es obra de la maravillosa bondad de Dios para con nosotros (Cf. AMS F. 33, 18).

³⁶ “Todo sumo sacerdote, en efecto, es tomado de entre los hombres y puesto al servicio de Dios en favor de los hombres... Nadie puede arrogarse esta dignidad, sino aquel a quien Dios llama” (Heb 5, 1. 4).

³⁷ Los tres sinópticos han conservado la lista de los Doce (Mc 3, 13-19; Mt 10, 1-4; Lc 6, 12-16).

³⁸ Marcos sitúa la acción en una montaña que evoca el Sinaí, configurándose así el “nuevo Israel”. Además subraya la libertad de Jesús a la hora de la elección diciendo que “*eligió a los que quiso*” (Mc 3, 13). Lucas señala que Jesús “*pasó la noche orando*”, destacando así, el carácter solemne de la elección divina (Lc 6, 12). Mateo destaca la potestad divina que reciben estos doce: “*les dio poder para expulsar espíritus inmundos y para curar toda clase de enfermedades y dolencias*” (Mt 10, 1).

seguimiento³⁹, y se había formando un grupo numeroso de seguidores en torno a Él⁴⁰; la elección de los Doce⁴¹ tiene un gran significado simbólico como primer paso en la constitución del nuevo pueblo de Dios; la Iglesia. Es una especie de grupo privilegiado, diferenciado del resto de los seguidores de Cristo, llamado los “Doce”⁴², que son escogidos personalmente por Él, estructurados desde los tiempos de su ministerio terrestre y encargados de un cometido concreto: presidir la comunidad que va a crear, concediéndoles la función de dirección.

Es muy significativo el verbo griego que el evangelista emplea para designar esta llamada: “*proskaleitai*” (llamó a Él). Es una forma media de un verbo compuesto por “*kalein*” (llamar) y la partícula “*pros*” (a), con la que indica que el llamamiento no es hacia un lugar determinado; sino hacia Él mismo, hacia su propia persona. Esto pone de relieve el poder de la elección de Jesús, subrayando la llamada a una mayor intimidad con Él⁴³. De aquí, el hecho de que después ratifique este llamamiento, diciendo que los llamó “*para estar con Él*”⁴⁴, adjudicándoles un puesto de especial intimidad y responsabilidad. En el mismo evangelio de Marcos, encontramos otro vocablo significativo, que ayuda a entender mejor esta libre elección divina, indicando el aspecto de que es Dios quien escoge, como subraya nuestro protagonista⁴⁵. Me refiero al término “designar”, que por dos veces emplea el evangelista en este pasaje: “*Y designó a Doce, a los que llamó apóstoles, para que estuviesen con Él... Designó a estos Doce, y les puso por nombres*”⁴⁶. Así, pues, Cristo escoge a Doce para “estar con Él”, es decir,

³⁹ Cf. Mc 1, 16-20; 2, 14.

⁴⁰ Cf. Mc 1, 28. 32-34. 37. 45; 2, 2. 13. 8-9.

⁴¹ Cf. M. PONCER CUÉLLAR, *Llamados a servir. Teología del sacerdocio ministerial*, Hénder, Barcelona 2001, 57-72; BENEDICTO XVI, “La voluntad de Jesús sobre la Iglesia y la elección de los Doce” en *Sobre el fundamento de los Apóstoles. Catequesis del papa sobre la experiencia y misión de los Apóstoles*, EDICE, Madrid 2007, 19-23; F. PÉREZ HERRERO, “Vocación y misión en el evangelio de Marcos” en *Vocación Sacerdotal. Teología-pastoral y pedagogía*, Monte Carmelo, Burgos 2009, 51-72.

⁴² El número Doce (“*dodeká*”), alude también a las doce tribus de Israel y al pueblo escatológico del reino de Dios. En esta elección de “Doce”, Cristo renueva los fundamentos del pueblo de la antigua alianza, estableciendo los cimientos de la “nueva alianza” (Cf. Mc 4, 1; 6, 7; 9, 35; 10, 32; 11, 11; 14, 10. 17. 20. 43).

⁴³ Entre los sinópticos, es Marcos quien mejor refleja esta decisión libre y explícita de Cristo de elegir según su voluntad: “*Jesús subió al monte, llamó a los que quiso y se fueron con Él*” (Mc 3, 13). En lo más íntimo de su ser, Jesús sabe que a estos elegidos “*se les ha concedido conocer los misterios del reino*” (Mc 4, 11). Por eso la comunidad de discípulos que está constituyendo es una fundación sobrenatural que procede de la libérrima voluntad soberana de Dios. Su secreto vital es su vínculo con Cristo y, por Él, con el Padre y el Espíritu Santo. De ahí que el fundamento del discipulado consista en “estar con Jesús”.

⁴⁴ Mc 3, 13.

⁴⁵ Cf. AMS F. 33, 18.

⁴⁶ Mc 3, 14. 16. La expresión que utilizan los sinópticos señala una *acción creadora de Dios* (“*kai epoiesen dodeka*”) y podemos traducirla como Jesús “hizo doce”. El uso del verbo “*poiein*” para constituir o nombrar, refleja un semitismo que se encuentra en los LXX (Cf. 1 Re 12, 6; 3 Re 13, 33), y en diversos pasajes del NT (Cf. Heb 3, 2; Ap 5, 10). El sentido de la raíz del verbo es “hacer”, “realizar” o “crear”; y cuyo análogo hebreo se utiliza reiteradamente en Gn 1. Este término “*epoiesen*”, impregna el relato de un distinguido matiz escatológico, ya que los nombró

para ser dotados⁴⁷ de su autoridad y potestad sagrada (“*exousia*”) y, ser asociados a su misión y actividad. Se trata, pues, de una verdadera transformación interior, de una nueva realidad ontológica y no sólo funcional, por medio de la cual, se han convertido en re-presentantes y continuadores (sacramentalmente hablando) de la persona y misión del mismo Cristo⁴⁸.

La elección al sacerdocio es una gracia divina que forma parte del plan de Dios, convirtiendo al elegido en instrumento de su designio salvador: “*Los que a él suben [se refiere al sacerdocio], no toman el honor por sí, ni para sí, sino que un llamamiento divino los destina a tal condición... Jesucristo claramente lo ha expresado: «No me elegisteis vosotros». San Pablo lo ha manifestado también: «Quien elige es Dios». Por eso, bien puede llamarse al sacerdote el elegido de Dios*”⁴⁹. Ahora bien, este haber sido escogido por Dios para una vocación y misión tan específica implica, consecuentemente, tomar conciencia de las exigencias espirituales que esto conlleva, y que afrontaremos en la tercera parte de la tesis cuando hablemos de la espiritualidad. Sólo así se podrá responder fielmente a las gracias recibidas. Lo afirma nuestro autor; el sacerdote es “*el escogido de Dios, de donde se infiere la necesidad que tenemos de virtudes superiores*”⁵⁰.

b) *El ungido de Dios*

Además de ser el elegido, el sacerdote es también el ungido de Dios. Con esta imagen, don Marcelo da un paso más hacia adelante en el proceso de configuración del elegido, subrayando el cambio ontológico que el llamado al sacerdocio va a experimentar. Ya hemos dicho que la sacramentalidad y la ministerialidad son las dos dimensiones que configuran el ser y el actuar del sacerdote. Esta sacramentalidad del ministro ordenado proviene de su ontología, es decir, de su misma esencia y ser constitutivo⁵¹. Es una componente fundamental e indispensable de la noción católica del sacerdocio que le une intrínsecamente a Cristo, quien quiere hacer partícipes a los hombres de su

o constituyó, vinculando el gesto de Jesús con la esperanza de una nueva creación que Dios “hará”. Se trata de un nuevo estado de vida el que adquieren, ya que “designó a doce para que estuvieran con él”, (Mc 3, 14), evocando así el “Yo estaré contigo” (Ex 3, 12) de la alianza del Sinaí.

⁴⁷ 1 Tim 1, 12.

⁴⁸ Así se lo recordaba a don Marcelo, en su primera Misa, el sacerdote que le predicó el sermón: “Y bien, Señores, ¿se acabó con la muerte el celo pacientísimo de Jesús para con los hombres? ¿No habrá ya en la tierra quien se compadezca de ellos, quien los soporte... con el fin de ganar sus almas para la santificación? ¡No lo temáis, católicos! Jesús ha prorrogado, por decirlo así, su Corazón con todas las virtudes necesarias; y lo ha prorrogado hasta el fin en el corazón de los que ha escogido para el sacerdocio” (C. FERNÁNDEZ, *Recuerdo de la Primera Misa del Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Marcelo Spínola y Maestre, Arzobispo de Sevilla*, Imprenta de Izquierdo y C.ª, Sevilla 1900, 37-38).

⁴⁹ AMS F. 33, 18.

⁵⁰ Ib., 17.

⁵¹ Ontología que sólo es posible hallar en Cristo: “Los presbíteros... participan del único sacerdocio de Cristo... esta determinación es propiamente sacramental y, por eso, no se puede leer meramente en clave «organizativa»” (CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio...*, 6).

potestad sagrada⁵². Afirmar que el sacerdote ostenta una sacramentalidad, es sostener que por medio de ciertas acciones concretas que él mismo realiza, aquellas en las que actúa *“in persona Christi Capitis”*⁵³; *re-presenta y re-produce a Cristo, único y eterno sacerdote, que actualiza en el mundo su labor redentora por medio del ministerio ordenado*⁵⁴. Es la llamada identificación o configuración ontológica del sacerdote con Jesucristo, Maestro, Sacerdote y Pastor⁵⁵. Capacitado para actuar *“in persona Christi”*, el sacerdote participa del mismo sacerdocio de Cristo y se convierte en testimonio vivo de Él⁵⁶. Por eso el beato Spínola afirma que *“el sacerdote tiene todo de Cristo y debe ser más semejante a Él; reproducirlo mejor”*⁵⁷. Y al ser *“otro Cristo”*, asume como suya la causa humana: *“El sacerdote es otro Cristo... La causa del género humano es su causa”*⁵⁸.

Pues bien, esta transformación ontológica se da por la imposición de las manos⁵⁹ y la unción del santo crisma en la ordenación sacerdotal, lo cual constituye el signo sacramental por excelencia. Imponer las manos al ordenando y ungirle con el oleo santo son dos gestos antiguos, dos signos visibles que transmiten la fuerza y gracia del Espíritu Santo, y que aparecen en toda la reflexión teológica sacramental. A la hora de argumentar el origen de esta unción sacerdotal, nuestro autor afirma: *“Dábase el nombre de unguidos a los sacerdotes de la ley antigua. El rito de su iniciación según el Levítico... de donde arranca aquel nombre... La unción era muy usada en los tiempos pasados: lo ha sido también después: Jacob ungió la piedra del sacrificio. Moisés prescribió*

⁵² En el sacerdote la identidad proviene del sacramento del orden, por medio el cual, queda identificado a Jesucristo. La ordenación imprime carácter y configura o consagra ontológicamente al que la recibe. De ahí derivan las fórmulas que la Tradición y el Magisterio han usado para definir a los ordenando. Juan Pablo II lo sintetizó así: *“In persona Christi: es decir, en la identificación específica, sacramental, con el Sumo y Eterno Sacerdote”*. El sacerdote re-presenta a Jesucristo óntica y existencialmente, le hace presente, no se trata ni mucho menos de una mera representación oficial, diplomática o teatral; sino de actuar en su nombre y llevar a término su obra salvadora (Cf. A. FERNÁNDEZ, *Teología dogmática. Curso fundamental de la fe católica*, BAC, Madrid 2009, 930-931).

⁵³ PO 2.

⁵⁴ *“El don espiritual que los presbíteros reciben en la ordenación no los prepara a una misión limitada y restringida, sino a la misión universal y amplísima de salvación hasta lo último de la tierra (Hch 1,8), pues cualquier ministerio sacerdotal participa de la misma amplitud universal de la misión confiada por Cristo a los apóstoles (PO 10; cf. CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, Directorio..., 7-8).*

⁵⁵ *“Jesucristo es el enviado del Padre. Como Él ha sido enviado por el Padre, así Él envía a sus discípulos... Estos títulos [Sacerdote, Maestro y Pastor], que corresponden a Cristo por excelencia singular, no excluyen, antes bien, suponen que otros participarán en ellos de una manera inferior y subordinada”* (M. NICOLAU, *Ministros de Cristo. Sacerdocio y sacramento del orden*, BAC, Madrid 1971, 64; cf. CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio...*, 6).

⁵⁶ Cf. A. VANHOYE, *Sacramentalidad del ministerio y su repercusión en la persona ordenada*, Actas del Simposio sobre la Espiritualidad del presbítero diocesano secular, 30 oct.-2 nov., Madrid 1986, 69-85; I. OÑATIBIA, *“La espiritualidad del presbítero desde la sacramentalidad de su ministerio”*, en *Surge* 47 (1989), 3-25.

⁵⁷ AMS F. 33, 22. *“Gran corazón es, no hay duda, el corazón del sacerdote: la mano del Altísimo ha sembrado en él excelente semilla”* (AMS F. 32, 74).

⁵⁸ AMS F. 32, 74; 46, 28.

⁵⁹ Cf. R. ARNAU, *Orden y ministerios*, BAC, Madrid 2010, 207-226.

la unción para los sacerdotes, altares, vasos, etc.”⁶⁰. Se trata de reconocer el valor sacramental de un gesto milenario con el que Dios confiere una determinada capacitación y misión al elegido⁶¹. Un signo visible que comunica una gracia particular enseñada por la teología sacramentaria, y que nuestro protagonista enseña al adoptar el título del que venimos hablando: el sacerdote ungido de Dios “con la unción de su santa gracia”⁶². Además, con esta imagen el cardenal Spínola quiere indicar que esta crismación no se limita al mero gesto o rito de ungrir físicamente las manos del ordenando; sino que ésta significa algo mucho más profundo y significativo: la unción espiritual por la que confiere la gracia sacramental. Aquí es donde radica la importancia de este signo, el cual confiere una realidad sobrenatural y espiritual a la persona que lo recibe⁶³. Spínola, identifica la unción con la consagración, dirá que “puede pues afirmarse que el ungido de Dios es tanto como el consagrado de Dios”⁶⁴. Por eso, tanto la imposición de manos como la unción con el crisma, siempre han tenido un significado pneumatológico en la Iglesia, que expresa la capacitación del ordenado y la transmisión del mandato divino de dirección de la comunidad⁶⁵. Estos dones que recibe le asemejan e identifican a Cristo y le capacitan con su misma autoridad: “El sacerdote, representante de Cristo, tiene como el Divino Salvador el poder de mandar a los vientos y a las borrascas, y devolver al mar embravecido su calma y su perdida serenidad”⁶⁶. Una identificación con Él que viene a ser como si Cristo se “encarnase” en sacerdote⁶⁷.

⁶⁰ AMS F. 33, 19.

⁶¹ A diferencia del sacerdocio de la nueva alianza, que se recibe por llamada directa de Dios, sabemos que en la antigua alianza al sacerdocio y, por ende, a la unción sagrada, se accedía por medio de la transmisión hereditaria que Dios había concedido a una tribu escogida (Cf. Ex 28, 1; Jue 18, 30; 1 Sam 1-2; 22, 11; Ex 6, 16-25; Num 26, 57-60; O. DE LA BROSSE – A. M. HENRY – P. ROUILLARD, “Ungido”, en *Diccionario del cristianismo*, Hélder, Barcelona 1974, 775). El rito de la unción con el aceite sagrado se usa en varias ocasiones, particularmente, en el caso de Aarón y sus hijos (Lev 8, 10-12. 30; cf. Ex 29, 7. 21). Una unción hecha con el mismo óleo que empleaban para consagrar el tabernáculo, el altar y los utensilios sagrados (Cf. J. L. BARRIOCANAL GÓMEZ, “Antiguo Testamento, sacerdocio en él”, en *Diccionario del Sacerdocio*, BAC, Madrid 2005, 24). En el nuevo Testamento Cristo es el Ungido (“*Khristos*”) por el Padre como el hijo de David y Mesías esperado (Hch 4, 27; 10, 38). Como afirma un liturgista actual, en el caso de Cristo “no se trata de un rito de unción visible, sino de una posesión total por parte del Espíritu... Dios le ha dado su fuerza y su poder, o sea, su Espíritu, para el cumplimiento de su misión de Sacerdote, Profeta y Rey” (J. ALDAZABAL, *Gestos y símbolos*, CPL, Barcelona 1989, 75).

⁶² AMS F. 33, 17.

⁶³ Son muy significativas las oraciones que se emplean en la Misa Crismal: “*aquellos cuyos cuerpos van a ser ungidos con este unguento, sientan interiormente la unción de la bondad divina... la abundancia de los dones del Espíritu Santo*” (J. ALDAZABAL, *Gestos y símbolos*, CPL, Barcelona 1989, 79).

⁶⁴ AMS F. 33, 19.

⁶⁵ Cf. Hch 13, 1-3; 14, 23; Tit 1, 5.

⁶⁶ M. SPÍNOLAY MAESTRE, “A nuestro muy amado clero”, en *BOAS* 507 (1903), 22.

⁶⁷ Cf. A. FAVALE, *La relación del Presbítero con Cristo. ¿Cómo se entiende esta relación?*, Actas del Simposio sobre la Espiritualidad del presbítero diocesano secular, 30 oct.-2 nov., Madrid 1986, 201-231.

El resultado que producen estos signos sacramentales en la ordenación sacerdotal, es una verdadera transformación ontológica en el sujeto que los recibe⁶⁸. La consagración solemne a Dios que tiene lugar en la ordenación le transforma por completo, expropiándole para uso exclusivo de Dios, para dedicarse por completo y enteramente a Él⁶⁹. Dios confiere su gracia al ordenado, la cual le capacita con la autoridad de Cristo para, en bien de la comunidad eclesial⁷⁰, poder actuar en su nombre. Refiriéndose a la consagración episcopal que recibió, don Marcelo dirá: *“El acto de mi consagración será el medio por donde Dios me... conferirá nuevos poderes”*⁷¹.

Desde la ordenación sacerdotal se establece entre el sacerdote y Cristo una relación real y ontológica⁷², que dota al ordenando del doble canal de gracia que confiere la virtud de Cristo en él, y que le prepara y cualifica para entregarse con celo ardiente a la gloria de Dios y a la salvación de las almas⁷³. Es importante subrayar que esta unción de la que venimos hablando, siempre va dirigida en beneficio de la grey encomendada. Si ser ungido significa ser consagrado, es decir, ser dotado de vigor espiritual e investido con la fuerza y la gracia de Dios mediante los dones del Espíritu Santo; esta unción tiene una finalidad concreta: ser enviado para una determinada misión⁷⁴. Don Marcelo supo captar muy bien esta idea de que la elección y designación por Cristo de los Doce, tuvo como finalidad última el ser ungidos de cara a la misión⁷⁵. Así lo presenta en una de sus reflexiones espirituales: *“El sacerdote es el ungido de Dios”*⁷⁶; y como tal, quien ha de prolongar en su nombre la vida divina en

⁶⁸ *“No se trata sólo de una «función», sino que es una misión peculiar enraizada en una consagración, la cual es de contenido «ontológico», como participación peculiar en la gracia o consagración sacerdotal de Cristo. La consagración de Cristo, de la que participa el sacerdote ministro, es una gracia que penetra todo su ser. Por la ordenación sagrada, los ministros se configuran a Cristo, participando en su realidad sacerdotal... Esta realidad «ontológica» de la consagración está por encima del eventual subjetivismo y relativismo del ministro, como también trasciende la posible subjetividad de la comunidad eclesial y de toda elucubración teológica”* (J. ESQUERDA BIFET, *Espiritualidad sacerdotal. Servidores del Buen Pastor*, EDICEP, Valencia 2009, 59).

⁶⁹ Cf. A. GRANADO BELLIDO, *Consagrados a Dios*, 75.

⁷⁰ *“Consagrado en su ser, es absorbido por una caridad que lo hace vivir para los otros y con los otros. El carácter hace del sacerdote un hombre para los otros, a imagen de Cristo”* (S. DEL CURA ELENA, *“La secularidad del presbítero desde la sacramentalidad”*, Actas del Simposio *Presbiterio y Secularidad*, 9-14 septiembre, Madrid 1999, 277).

⁷¹ AMS F. 66, 62.

⁷² *“Por medio de la ordenación sacerdotal los presbíteros reciban el don del Espíritu Santo quien, al configurarlos con Cristo, los sella con el carácter sacramental, los confirma y anima con la caridad del Buen Pastor y los consagra para disponerlos totalmente y para siempre al servicio de la misión de Jesucristo”* (PFS 21; cf. CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio...*, 6-8; S. GAMARRA, *Manual de espiritualidad sacerdotal*, Monte Carmelo, Burgos 2008, 131-133).

⁷³ Cf. MADRE ESPERANZA DEL CORAZÓN DE JESÚS, *Vida del Emmo. y Rvdmo...*, 39.

⁷⁴ Cf. Jn 20, 21; cf. J. ALDAZABAL, *Gestos y símbolos*, CPL, Barcelona 1989, 76.

⁷⁵ Cf. J. ESQUERDA BIFET, *Espiritualidad sacerdotal. Servidores del Buen Pastor*, EDICEP, Valencia 2009, 53-99; ESQUERDA BIFET, *La misión al estilo de los apóstoles. Itinerario para la formación inicial y permanente*, BAC, Madrid 2004, 123-145.

⁷⁶ AMS F. 33, 19.

medio del mundo: *“Recibe esos poderes el sacerdote mediante el sacramento del orden; Jesucristo le infunde su vida, con lo cual el sacerdote habla palabras de Cristo, que son de vida eterna, hace obras de Cristo que son obras de vida, y nace Cristo entre nosotros viviendo vida nueva, pero vida vivificante”*⁷⁷. Como continuador de la obra de Cristo, el ministro ordenado reproduce su autoridad obrando en su nombre y convirtiéndose, de esa forma, no en un personaje del pasado cuyas acciones ya no tienen transcendencia alguna; sino en un mediador entre Dios y los hombres, que al igual que los santos, es capaz de ser cauce de la gracia divina para el hombre de hoy:

*“Vive Jesucristo y esparce y siembra la vida. ¿Cómo y por qué? Hay una institución, hoy maltratada y perseguida, en las épocas de fe respetada y amada, el sacerdocio católico. En los labios del sacerdote encarna la palabra de Cristo; por eso sube al púlpito y hace lo que Antonio de Padua, lo que Vicente Ferrer, lo que Francisco Javier, lo que Francisco Solano, lo que Diego de Cádiz, lo que nuestros misioneros en los pueblos que evangelizan. En las manos del sacerdote se deposita la virtud de Cristo, por eso las extiende; da vida a los que estaban muertos, las impone; resucita, absolviendo de los pecados”*⁷⁸.

c) *Mediador entre Dios y los hombres*

En el anterior epígrafe, terminábamos diciendo que una vez elegido, el candidato es ungido con el santo crisma, y que por la gracia comunicada en la unción sacramental es constituido mediador. Esta es la tercera imagen que, por orden de importancia, encontramos en las enseñanzas de don Marcelo, y con la que él pretende explicar el valor que tiene la transformación ontológica que se da en el ministro ordenado, y la particular misión que le confiere: nos referimos al concepto teológico de mediador.

Para el beato Spínola, existe en el ámbito humano una base natural que le sirve de asiento a la noción cristiana de mediador. En la vida social encontramos diferentes mediaciones que nuestro autor va comparando entre sí: la mediación del juez, del príncipe, del padre de familia y del maestro. Todas ellas son figuras imperfectas de aquella realidad única, que posee una mediación particular por la vocación y misión que ha recibido: la del sacerdote. Lo dirá con sus palabras: *“Se dice grande la responsabilidad del juez que ha de pronunciar sentencia... Mayor es la del príncipe... Es no leve la del padre de familia, la del maestro, la del escritor. Es mayor la del sacerdote ya que las almas están en su mano... De Jesucristo se dijo: «Este está puesto para ruina de muchos en Israel, etc.», esto también se puede decir del sacerdote en otro sentido”*⁷⁹.

⁷⁷ AMS F. A 5. 5, 39.

⁷⁸ AMS F. A 5. 5, 39-40.

⁷⁹ AMS F. 33, 20.

El valor del oficio mediador del sacerdote es primordial para nuestro autor⁸⁰. Sin esta categoría no se entiende el tema de su sacramentalidad, y viceversa. Quizá hoy día se haya perdido un poco de vista su significación, “desacralizando” la persona del sacerdote y convirtiéndola, en ocasiones, en un simple funcionario de lo religioso⁸¹. De ahí el valor de las enseñanzas de nuestro autor. Nos dirá: *“El oficio del sacerdote es importantísimo: es mediador... El sacerdote permanece, tratando los negocios de su pueblo como Moisés en el Sinaí o como en el propiciatorio, bajando luego cargado de riquezas. El sacerdote, pues, pone en contacto al Dios de la misericordia con su pueblo amado”*⁸².

Esta mediación le viene dada al sacerdote en cuanto que participa sacramentalmente de la mediación de Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote. El Hijo de Dios, al instituir el orden sacerdotal, *“lo ha hecho partícipe de su carácter de mediador”*⁸³. La participación del ministro sagrado en el sacerdocio de Cristo le cualifica para ocuparse de las cosas santas: *“El Sacerdote del cristianismo es Jesucristo; de su sacerdocio es participación el nuestro. Si Cristo hace entrada en todo hombre al que da su gracia, hácela con más solemnidad y pompa en el sacerdote... Le ha franqueado riquezas insoldables. El Padre celestial le ha entregado talentos en abundancia... Su ocupación es andar con las cosas santas”*⁸⁴.

Ya el antiguo Testamento encontramos personas elegidas por Dios para desempeñar un ministerio de mediación. Don Marcelo recuerda que el mediador por excelencia de la antigua alianza es Moisés y por extensión Aarón⁸⁵. Pero, quien verdaderamente es mediador en un sentido propio y definitivo, constituyéndose en el único mediador (*“mesites”*) entre Dios y los hombres es Jesucristo⁸⁶. En la carta a los Gálatas, el autor sagrado emplea el término “mediador” por dos veces, exhortando a los cristianos a fijar su mirada y *“contemplar el misterio salvador de Dios, llevado a cabo en la persona de Cristo”*⁸⁷. Pero, principalmente, es en la carta a los Hebreos donde encontramos la noción de mediador más importante de todo el nuevo Testamento. Apunta, al respecto, el beato Spínola: *“Oímos a san Pablo explicar con su lenguaje propio la misión augusta de los que de la potestad sacerdotal se hallan adornados: «Todo Pontífice tomado de entre los hombres,*

⁸⁰ Son actos de mediación las acciones que realiza en su ministerio; como la administración de los sacramentos, el gobierno de la grey, etc. (Cf. A. GRANADO BELLIDO, *Consagrados a Dios*, 90-91).

⁸¹ Cf. M. PONCE CUELLAR, *Llamados a servir. Teología del sacerdocio ministerial*, Herder, Barcelona 2001, 34.

⁸² AMS F. 32, 29.

⁸³ Ib., 63.

⁸⁴ Ib., 32.

⁸⁵ *“La bondad infinita de Dios, cómo se hace patente en todo... Moisés en el Sinaí, Aarón en el desierto, etc.”* (AMS F. 33, 20). Moisés *“es el fundador y mediador de conocimientos nuevos, llamado por Dios (Ex 3, 1), enviado que habla en nombre de Yavé (Ex 4, 29; 5, 1). Él es el «mediador» del que emanan las leyes (Ex 19, 3; 20, 18; 34, 1). Y es el «intermediario» entre Yavé que habla y el pueblo que recibe las palabras divinas, transmitidas por medio de él (Ex 33, 5ss)”* (A. LLAMAS, “Mediador”, en *Diccionario de Jesús de Nazaret*, Monte Carmelo, Burgos 2001, 821).

⁸⁶ Cf. Gal 3, 19-20; 1 Tim 2, 5; Heb 6, 17; 8, 6; 9, 15; 12, 24.

⁸⁷ A. LLAMAS, “Mediador”, en *Diccionario de Jesús de Nazaret*, Monte Carmelo, Burgos 2001, 822.

en favor de los hombres es constituido cuanto a lo que a Dios pertenece, a fin de que ofrezca dones y sacrificios por los pecados; pudiendo compadecerse de los que ignoran y yerran, toda vez que de flaqueza se halla él mismo cercado»⁸⁸. Para el autor de la misma carta, a Jesucristo “le ha correspondido un ministerio tanto más excelente cuando mejor es la alianza de la que es Mediador”⁸⁹. O como repite por dos ocasiones, un poco más adelante: “Por esa razón, es Mediador de una alianza nueva”⁹⁰, y poco después, dice: “y al Mediador de la nueva alianza”⁹¹. Una noción aplicada en sentido propio y exclusivo a Jesucristo “como el único Sumo Sacerdote verdadero, el único que llevó término la mediación sacerdotal”⁹².

Ahora bien, de este sacerdocio único de Cristo, participa en un sentido lato todo el pueblo santo de Dios, constituido por el bautismo pueblo sacerdotal, y de forma particular al interno del mismo, algunos de sus miembros que son llamados a ejercer el sacerdocio ministerial. Por eso, tras la partida de Cristo al cielo, tras su ascensión, su ministerio continúa en la tierra mediante el sacerdocio ministerial: “Se iba Cristo, era menester que quedasen representantes suyos, medianeros que conservasen el comercio entre la tierra y el cielo. Oráculos, que repitiesen las lecciones del Maestro. Conductores de sus gracias”⁹³. Como dice en otro lugar: “Jesucristo sube a los cielos, [pero deja como] medianero al sacerdote: a) Por él, Dios se comunica con el hombre... Por él, el hombre terrestre envía a Dios sus gemidos... Medianero que reconcilia... que recomienda... que estrecha sus lazos”⁹⁴. De todos los oficios y tareas que el sacerdote desempeña y en los que se hace presente de una manera eficaz el ejercicio de su mediación sacerdotal, don Marcelo repara en uno que a su tiempo analizaremos en esta tesis: la oración; tanto pública como privada, mediante la cual se realiza un verdadero servicio de intercesión y mediación⁹⁵. De ahí su afirmación rotunda: “El sacerdote lazo de unión entre Dios y el hombre... Une al cielo con la tierra... con su oración”⁹⁶.

Para el beato Spínola la concepción del sacerdote como “mediador”, en cuanto que participa de la única y verdadera mediación de Jesucristo; es la imagen que mejor refleja la vocación y misión del sacerdote. Formado en la escuela clásica del tomismo, nuestro autor subraya con determinación el hecho de que el Padre haya querido hacer partícipe al ministro ordenado del carácter de mediador de Jesucristo⁹⁷.

⁸⁸ M. SPÍNOLAY MAESTRE, “Asociación de colaboradores del divino Corazón de Jesús”, en BOM 10 (1888), 253. En aquella época se atribuye a san Pablo la autoría de la carta a los Hebreos.

⁸⁹ Heb 8, 6.

⁹⁰ Heb 9, 15.

⁹¹ Heb 12, 24.

⁹² A. VANHOYE, *Sacerdotes antiguos, sacerdote nuevo según el nuevo Testamento*, Sígueme, Salamanca 1984, 244.

⁹³ AMS F. 2, 19-20.

⁹⁴ AMS F. 33, 61.

⁹⁵ Cf. AMS F. 33, 21.

⁹⁶ AMS F. 32, 47.

⁹⁷ Cf. A. GRANADO BELLIDO, *Consagrados a Dios*, 64.

Santo Tomás es quien mejor reúne y sintetiza la herencia patristica y la tradición secular y monástica del primer milenio, uniéndola con la nueva reflexión sistemática de las recién surgidas escuelas y universidades⁹⁸. Para el santo de Aquino, el sacerdocio ministerial se fundamenta sobre la base de la mediación que el ministro recibe en la ordenación sacramental. Partiendo de una sólida fundamentación doctrinal, el doctor Angélico sostiene que toda la vida y el ministerio del sacerdote se edifican sobre este carácter mediador. Así como “*el Padre envió a su Hijo*”⁹⁹, también el sacerdote es enviado por Jesús para desempeñar un ministerio de mediación¹⁰⁰, que viene a ser clave para entender el sacerdocio ministerial. De la misma forma que Cristo es Sacerdote por ser Mediador¹⁰¹, así también, el llamado por Dios para desempeñar este ministerio es sacerdote porque se le ha conferido, por la ordenación, la gracia de participar de la potestad sagrada de la mediación de Cristo. De hecho, cualquier oficio o ministerio que el sacerdote desempeña tienen eficacia, precisamente, por esta participación en la mediación de Cristo. Una mediación de Cristo Sacerdote que, prolongada visiblemente en la Iglesia por medio del ministro ordenado, hace de él instrumento de Dios¹⁰². Hablaremos más extensamente de este carácter mediador e intercesor del sacerdote, cuando tratemos el tema del sacerdote como intercesor entre la causa de Dios y la causa del hombre¹⁰³.

Y, como siempre, al final de cada uno de los títulos o imágenes que estamos comentando, llegamos a la misma conclusión: la necesidad de integrar el don recibido mediante el desarrollo de la santidad personal. Con esto se pone en evidencia la necesidad de llevar a término las gracias recibidas, por medio del cultivo de una profunda vida espiritual; haciéndose ver que la identidad sacerdotal alcanza el perfeccionamiento más elevado al que está llamada gracias a la espiritualidad. Un crecimiento de la vida espiritual del sacerdote que se puede garantizar gracias a que, además del “carácter sacramental” como don permanente; el ordenado recibe en la consagración una gracia especial a modo de “*specialis vigor*”, que hace

⁹⁸ El nacimiento de la teología escolástica o “sistemática” con el surgimiento del estudio académico y universitario en torno al siglo XII, constituye un capítulo significativo en la reflexión teológica sobre el ministerio sacerdotal. Es entonces, cuando se abandona la exposición “contemplativa” del Misterio divino (propio del primer milenio), para pasar a la “especulación” y la pura “búsqueda” de la verdad, con las consecuencias negativas que derivaran de dicho planteamiento en lo que respecta a la desestimación de la oración en el estudio de la teología (Cf. CH. A. BERNARD, *Teología espiritual*, SEA, Madrid 1997, 54-57; CH. A. BERNARD, *La Spiritualità come Teologia*, Paoline, Cinisello Balsamo 1993, 89-104).

⁹⁹ 1 Jn 4, 14.

¹⁰⁰ “*Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes de los retenáis, les quedan retenidos»*” (Jn 20, 21-23).

¹⁰¹ Por la unión hipostática ha sido constituido Mediador, función que sigue ejerciendo por medio del sacrificio de la Misa y de su oración sacerdotal (Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica III*, 22, 1).

¹⁰² Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica III*, 22, 4; 63, 1-6.

¹⁰³ Cf. Apartado 3.1 de esta segunda parte de la tesis.

posible su fidelidad a las exigencias propias del sacerdocio ministerial¹⁰⁴. En otros términos, se trata de hacer efectiva la configuración ontológica recibida en la ordenación, mediante el desarrollo progresivo de la configuración existencial que se alcanza en el ejercicio del ministerio. Por eso, el cardenal Spínola siempre destaca la santidad de vida que exige la vocación al sacerdocio, perfección evangélica que el oficio de mediador requiere:

“El Sacerdote es uno; sus funciones muchas, y todas muy altas. Ministro de Dios, vehículo de la luz; hilo conductor de la vida divina que rescuita a los muertos; propagador de esa vida, ha aparecido ante nuestros ojos con grandeza sobrehumana, que reclama una condición de parte suya: la santidad. Todos esos son títulos para que le reconozcamos medianero entre el cielo y la tierra... Distancia entre tierra y cielo, que no impide la necesidad que aquella tiene de éste... El sacerdote pone en contacto al pueblo con Cristo, por lo que es menester sea santo”¹⁰⁵.

d) *Verbo y encarnación de Cristo*

Abordemos, ahora, las imágenes cuarta y quinta con las que don Marcelo delinea y perfila la naturaleza del sacerdocio ministerial. En sus enseñanzas encontramos estas dos imágenes, altamente reveladoras, que emplea para hablar de la transformación que el sacerdote experimenta en su ser; así como de la participación en la naturaleza divina que en él se da por las gracias recibidas. Me refiero, concretamente, a la consideración del sacerdote como “verbo” y “encarnación” de Cristo.

Ya hemos dicho que el cambio que se produce en el sacerdote, por medio de la ordenación, abraza todo su ser, toda su constitución ontológica. Esta realidad que el presbítero experimenta le asemeja e identifica de tal forma a Cristo, que el beato Spínola se atreve a afirmar que el sacerdote es “verbo” de Cristo. Así lo expresa en unos ejercicios espirituales impartidos al clero de su diócesis: “*Cristo es el Verbo del Padre; el sacerdote es el verbo de Cristo*”¹⁰⁶. De la misma forma que el Hijo de Dios es el Verbo del Padre; el sacerdote es el verbo de Cristo, es decir, su palabra, su manifestación, su re-presentación en este mundo¹⁰⁷. Se trata, sin duda alguna, del uso arbitrario de uno de los títulos cristológicos que aparecen

¹⁰⁴ Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica* III, 63, 2, 3, 6. De esta forma, “se cumple la misión en virtud del poder sagrado que dan la gracia y el carácter: gracia, como derivación de la capital de Cristo; y carácter, como real participación en su mismo sacerdocio. La referencia que hace Cristo de la misión del sacerdote a la misión de la que Él fue sujeto por parte del Padre es la base de toda la teología del sacerdocio y de su espiritualidad” [E. SAURAS, “Apuntes tomistas para una espiritualidad sacerdotal”, en *Teología Espiritual* 55 (1975), 195]. Partiendo de la naturaleza del sacerdote como enviado, ministro, consagrado y mediador, el autor de este artículo extrae consecuencias espirituales para la vida ministerial.

¹⁰⁵ AMS F. 33, 28.

¹⁰⁶ AMS F. 33, 65.

¹⁰⁷ Cf. A. GRANADO BELLIDO, *Consagrados a Dios*, 64-65.

en el nuevo Testamento¹⁰⁸, y que aplicado a la persona del ministro ordenado, quiere subrayar con audacia que el sacerdote es quien mejor transparenta y comunica al mundo la persona y el misterio del Hijo del hombre¹⁰⁹.

Evidentemente, nuestro autor señala también las grandes diferencias que hay entre el único y verdadero Sacerdote, y aquellos que participan de su sacerdocio. Mientras que el primero procede del Padre por generación; los segundos, los ministros ordenados, lo son por creación del Verbo humanado: *“El sacerdote nace... por creación. Es obra del pensamiento del Verbo humanado”*¹¹⁰. El sacerdote es figura del Verbo hecho hombre porque procede de Él y porque Él es su modelo perfecto. En definitiva, lo que nuestro protagonista nos quiere decir con esta imagen es algo muy sencillo: que el sacerdote prolonga y hace presente, con su vida y ministerio, a la “Palabra” de Dios acampada entre nosotros¹¹¹. Es, por así decir, el rostro de Cristo visible y prolongado en el tiempo.

Pero quizás, con la segunda imagen que emplea don Marcelo, se clarifique un poco más lo que queremos decir, ya que esta figura completa la anterior. Me refiero a la idea de considerar al sacerdote “encarnación” de Cristo, y con la que nuestro autor pretende subrayar la presencia y acción de la segunda persona de la Santísima Trinidad, en la vida y en el ministerio del sacerdote¹¹². Al respecto, podemos distinguir un doble fin que el cardenal Spínola da a esta expresión: a) por una parte, subraya el aspecto salvífico de la llamada del hombre a la participación en la vida de Dios mediante la filiación divina; b) por otro lado, se trate de destacar el hecho de la restauración del hombre, de su rescate del pecado, mediante la obra de la redención humana. Dos aspectos que van íntimamente unidos y que nuestro protagonista quiere poner en evidencia con el uso de este título e imagen. En este sentido, como ya hemos indicado, la misión del ministro ordenado es prolongar en el tiempo y espacio las gracias con las que Dios ha bendecido a la humanidad en la persona de Cristo¹¹³. Por eso insiste el beato Spínola en que *“el sacerdocio... es encarnación del sacerdocio de Cristo”*¹¹⁴.

Si Cristo es Sacerdote por haber sido constituido por el Padre único Mediador entre Dios y los hombres, esta mediación es posible gracias a su encarnación.

¹⁰⁸ Cf. Jn 1, 1-4, 9-14; 5, 24; 8, 37; 8, 43; 1 Cor 1, 18; Ef 1, 13; Col 1, 5; 3, 16.

¹⁰⁹ Es el oficio revelador del Verbo aplicado al sacerdote (Cf. C. DUQUOC, *Cristología. Ensayo dogmático sobre Jesús de Nazaret el Mesías*, Sígueme, Salamanca 1947, 224-226).

¹¹⁰ AMS F. 33, 65.

¹¹¹ *“Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros» (Jn1, 14a). Esta expresión no se refiere a una figura retórica sino a una experiencia viva. La narra san Juan, testigo ocular: «Y hemos contemplado su gloria; gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Jn1, 14b). La fe apostólica testifica que la Palabra eterna se hizo Uno de nosotros. La Palabra divina se expresa verdaderamente con palabras humanas”* [Cf. BENEDICTO XVI, *Exhortación apostólica postsinodal Verbum Domini* 11, en <http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/apost_exhortations/documents/hf_benxvi_exh_20100930_verbum-domini_sp.html> (08-02-2014)].

¹¹² Cf. A. GRANADO BELLIDO, *Consagrados a Dios*, 65-66.

¹¹³ De ahí, que entendamos el concepto teológico de encarnación en un sentido amplio; es decir, abarcando todo el misterio de la vida y enseñanza de Cristo.

¹¹⁴ AMS F. 33, 39; cf. AMS F. 46, 28.

De la misma forma, según don Marcelo, el ministro ordenado ha sido establecido mediador entre Dios y su pueblo por medio de la ordenación sacerdotal, que viene a ser el acto explícito por el que el Verbo hecho hombre se “encarna” en el ministro ordenado; es como una especie de “encarnación” de Cristo en el sacerdote. Así nos lo presenta en un escrito: *“El sacerdote es obra maestra de Cristo, porque el sacerdocio es como la Encarnación de Cristo en el hombre. Para encarnar el Verbo necesitó una mujer; una virgen inmaculada, una madre preparada en el Santuario”*¹¹⁵. Se puede hablar, pues, de una prolongación o continuación de la obra salvadora y redentora de Cristo por medio del ministerio sacerdotal.

Para clarificar mejor en esta idea, nuestro autor comenta el pasaje evangélico de la transfiguración del Señor en el monte Tabor¹¹⁶. Un misterio de la vida pública de Jesús que, según nuestro protagonista, tiene especial relevancia y significado para el sacerdote; ya que en él se revela la divinidad del Hijo de Dios, y su enseñanza principal va dirigida a los tres apóstoles más íntimos del Maestro. En este relato bíblico, Jesús pone de manifiesto una realidad en la que venimos insistiendo: la conciencia de trabajar en la configuración e identificación con Cristo, tanto en el orden ontológico como en el orden existencial¹¹⁷. Para el beato Spínola esta enseñanza la encontramos en el misterio de la transfiguración, concretamente, en el hecho de que Jesús llama a Pedro, Santiago y Juan a participar del misterio de su gloria y de su misión redentora. Los discípulos no pueden quedarse en el Tabor, a pesar de que allí estén muy bien, sino que reciben directamente de Jesús la orden y misión de bajar del monte y anunciar a todas las gentes lo que han visto y oído. La enseñanza que el cardenal Spínola quiera subrayar con el comentario a este pasaje, es que los llamados al ministerio sacerdotal, han sido, por la ordenación sacramental, transfigurados en otros Cristo: *“alter Christus”*, y como tales han de prolongar en la historia su misión¹¹⁸. Se trata de tomar conciencia de que la transformación conlleva, como en el caso de los tres discípulos de Cristo, ser enviados por Él.

De su reflexión, nuestro protagonista saca en este comentario al pasaje de la transfiguración, una aplicación espiritual práctica, bastante curiosa, aplicable a todo sacerdote. Lo presenta así: *“El sacerdote es Cristo. En la encarnación tomó el traje del hombre; en nuestra ordenación tomó la forma de sacerdote. Cristo en nosotros: nuestro rostro, nuestros vestidos, nuestro trato, nuestras*

¹¹⁵ AMS F. 33, 61.

¹¹⁶ Cf. Mt 17, 1-9; Mc 9, 2-9; Lc 9, 28-36.

¹¹⁷ Ya hemos hablado de esto en el punto b) de este mismo epígrafe 2.1, presentando la dinámica interna de la noción de consagración según la tradición judeo-cristiana y don Marcelo. Ahora lo hacemos comentando el pasaje bíblico de la transfiguración del Señor, donde nuestro protagonista, a la hora de exponer las enseñanzas sobre el orden sacerdotal, emplea la imagen neotestamentaria de “encarnación”.

¹¹⁸ Cf. PIO X, *Haerent animo* 21; PÍO XI, *Ad catholici sacerdotii* 16; PÍO XII, *Menti nostrae* 26; JUAN XXIII, *Sacerdotii nostri primordia* 96; A. ARANDA, “El Cristiano, «Alter Christus, ipse Christus» en el pensamiento del beato Josemaría Escrivá de Balaguer”, en *Scripta Theologica* 26 (1994/2), 513-570; A. ARANDA, *El bullir de la sangre de Cristo*, Rialp 2000, 221.

*relaciones con el Padre*¹¹⁹. La identificación con Cristo es tal en el sacerdote, que comienza afirmando con rotundidad: *“El sacerdote es Cristo”*. Señala con ello la total transformación, real y perenne, que se da en el ser y el actuar del sacerdote. Después continúa justificando dicha afirmación, comparando la humanidad que Cristo ha asumido en su encarnación (que él llama *“el traje del hombre”*), con la *“forma de sacerdote”* (es decir, la persona del elegido) en la que se hace presente y se *“encarna”*. Es Cristo penetrando en el ser más íntimo del consagrado y transformándolo íntegramente en *“alter Christus”*. Una metamorfosis que llega a afectar a su naturaleza y funciones: *“en el rostro, vestido, trato, relaciones, etc.”*¹²⁰.

Sin duda alguna, don Marcelo está mostrando con todo ello, que se trata de una nueva identidad recibida del mismo Cristo por medio de la ordenación, y de la que el sacerdote ha de ser consciente, ya que sólo de esa forma vivirá conforme al requerimiento que esta nueva vida comporta. Digo que es importante tomar conciencia del cambio sustancial que se da en la persona ordenada, por las consecuencias prácticas que conlleva todo ello en la vida diaria del sacerdote. ¿A qué nos referimos?; a lo que antes decíamos de ser trabajar el orden ontológico y el orden existencial de la vocación recibida, sabiendo que sólo es posible desarrollar plenamente la configuración ontológica recibida en la ordenación, mediante el perfeccionamiento en la otra configuración o identificación de la que también venimos hablando: la existencial. Aquí es donde vuelve a entrar en juego el papel de la espiritualidad, cuyos medios ayudan al ministro ordenado a alcanzar esta transfiguración existencial con Cristo.

Volvemos a hablar aquí de la importancia de la vida espiritual en el proceso transformativo-existencial del sacerdote. El beato Spínola lo hace al comentar los siguientes versículos del texto de la transfiguración, y en cuyo comentario enumera los medios elementales de la vida espiritual: *“Medios para que esta dichosa transfiguración no sea de un momento, sino que Cristo viva siempre en nosotros: «montem»; pensamientos en los montes, «excelsum»; muy alto, aspirar a lo mejor, «seorsum»; separado, vida retirada o recogida, «adsumit Iesus»; llevado por Cristo*¹²¹. Parece mencionar cuatro medios: 1) *«Montem»*; el sacerdote ha de tener puesto siempre su pensamiento en el Tabor, es decir, en el misterio que allí se nos revela: la gloria de Dios, sobre todo, para estar preparado a abrazar la cruz. 2) *«Excelsum»*; él mismo lo indica explícitamente: el deseo que ha de existir en el sacerdote de aspirar siempre a lo mejor, a lo más alto, a la santificación personal. 3) *«Seorsum»*; la necesidad del cultivo de la vida interior mediante el cuidado de la oración, lo cual exige, en palabras de nuestro autor, *“vida retirada o recogida”*. 4) *«Adsumit Iesus»*; dejarse llevar por Cristo, ser dócil a las inspiraciones divinas que el Espíritu Santo suscita en el alma. Estos medios fundamentales de

¹¹⁹ AMS F. 33, 59.

¹²⁰ Ib.

¹²¹ AMS F. 33, 59.

la vida espiritual, son los que harán posible alcanzar la configuración existencial al sacerdote con Cristo, y por ella crecer en santidad: *“El sacerdote antes de serlo debe por eso ser santo y el que no lo sea debe trabajar por serlo”*¹²².

e) *Imagen de Cristo*

Otra figura que emplea don Marcelo para explicar la sacramentalidad del sacerdote es considerarlo “imagen de Cristo”. El ministro ordenado es imagen porque proyecta, refleja y deja traslucir lo que viene de su Original¹²³; lo que procede de Cristo. Para mejor explicarlo, el beato Spínola compara la creación del primer hombre, que encontramos en el Génesis¹²⁴, con la transformación que Dios realiza en el sacerdote por medio de la ordenación sacramental. Para nuestro autor, en el rito consecratorio se realiza una “nueva creación”; por la imposición de las manos y la unción del santo crisma el candidato se transforma en una criatura nueva. Por decirlo de alguna manera, recibe una nueva “imagen y semejanza”¹²⁵ mediante el “soplo divino”¹²⁶, que re-crea al elegido, consagrándolo para una nueva e importante misión: ser reflejo e imagen de Dios, haciendo las veces de Cristo, Cabeza y Pastor, en medio de la grey¹²⁷. Así lo expresa nuestro protagonista en una meditación a sacerdotes: *“Hechura de Dios. Paralelo entre la creación del primer hombre y la del sacerdote. Hizo el cuerpo y le infundió espíritu. Tomó el hombre ya hecho; volvió a soplar y fue sacerdote”*¹²⁸. Como comparación es bastante acertada ya que refleja bien lo que pretende expresar. Si la imagen re-presenta a su original, el sacerdote al ser imagen del Hijo de Dios, reproduce ontológica y existencialmente a su Origen: Jesucristo; quien se hace presente en el ordenado de una manera nueva gracias a la consagración.

Consecuentemente, al ser imagen de Cristo, el sacerdote se convierte en referente obligado del pueblo de Dios, particularmente se convierte en ejemplo a imitar para la grey encomendada. Gracias a la encarnación de Cristo, podemos

¹²² Ib., 61.

¹²³ Según el diccionario de la real academia de la lengua española, imagen es: *“Figura, representación, semejanza y apariencia de una cosa”* (REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, “Imagen”, en *Diccionario de la lengua española II*, Editorial Espasa-Calpe S.A., Madrid 1992, 1142).

¹²⁴ En su comentario mezcla los dos textos de la creación del hombre (Cf. Gn 1, 26-31; Gn 2, 20-25).

¹²⁵ Cf. Gn 1, 26-27. El hombre es *“hechura de sus manos”*, lo cual quiere decir, que ha salido de Él. Es también *“imagen de su ser”*, es imagen y semejanza de Dios. En los apuntes de una meditación sobre el sacerdocio, el cardenal Spínola indica como el ser humano participa de esta realidad divina: *“Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram”* (AMS F. 33, 38).

¹²⁶ Cf. Gn 2, 7. Este gesto de insuflar aparece en la consagración del santo Crisma en la misa crismal, aceite con el que durante el rito de la ordenación sacerdotal se ungen las manos del nuevo presbítero, simbolizando así este soplo divino que encontramos en relato del Génesis.

¹²⁷ *“La configuración con Cristo, obrada por la consagración sacramental, define al sacerdote en el seno del Pueblo de Dios, haciéndolo participar, en un modo suyo propio, en la potestad santificadora, magisterial y pastoral del mismo Cristo Jesús, Cabeza y Pastor de la Iglesia”* (CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio...*, 8).

¹²⁸ AMS F. 32, 57.

contemplar el rostro de Dios en un hombre y ver en Él a nuestro modelo perfecto. Esto tiene consecuencias importantes para la vida del elegido al sacerdocio. Lo confirma nuestro protagonista al explicar que uno de los motivos de la encarnación del Verbo es darnos el modelo a imitar¹²⁹. Por extensión, si el sacerdote está llamado a ser imagen de este modelo, tendrá que procurar ser imagen clara, nítida y transparente de Él, ya que *“uno de sus fines fue que los hombres viesan reproducida la imagen de Cristo: «Imitatores mei estote» (Sed imitatores míos)”*¹³⁰. Como se aprecia, vuelve a aparecer el tema con el que siempre terminamos la presentación de cada uno de los títulos o imágenes sacerdotales: la espiritualidad sacerdotal.

f) Hombre de Dios

Exponemos ahora otra imagen con la que don Marcelo se refiere al sacerdote; la que le considera “hombre de Dios”¹³¹. En el encabezamiento del esquema que se conserva de una meditación espiritual que el beato Spínola impartió a un grupo de sacerdotes, encontramos la siguiente expresión: *“Videte vocationem vestram”*¹³². Al plantearse el tema de la vocación, nuestro protagonista describe al sacerdote como “homo Dei”¹³³.

Esta nota fundamental que ha de caracterizar la vida del sacerdote la encontramos presente en toda la tradición sacerdotal. Como ejemplo de ello, en el mensaje que el santo padre, Benedicto XVI, envió a los seminaristas de todo el mundo con motivo de la clausura del año sacerdotal, celebrado en el 150 aniversario de la muerte del santo Cura de Ars, les decía a los candidatos a órdenes: *“Quien quiera ser sacerdote debe ser sobre todo un «hombre de Dios», como lo describe san Pablo”*¹³⁴. Y aludía, el sucesor de Pedro, a la descripción que da el Apóstol de lo que ha de ser un presbítero: *“Tú, en cambio, hombre de Dios, huye de estas cosas. Busca la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre. Combate el buen combate de la fe, conquista la vida eterna, a la que fuiste llamado y que tú profesaste noblemente delante de muchos testigos”*¹³⁵.

Como podemos apreciar, la expresión “hombre de Dios”, presente en la Escritura y acuñada por los escritores y maestros espirituales, es también recogida en el Magisterio más reciente¹³⁶. Lo afirma, muy lúcidamente, una instrucción

¹²⁹ Cf. AMS F. 33, 39.

¹³⁰ AMS F. 33, 39.

¹³¹ De hecho, este es el título que lleva una de las biografías publicadas de nuestro autor: A. GÓMEZYEBRA, *Marcelo Spínola, un hombre de Dios*, Sarriá, Málaga 2006.

¹³² *“Ved vuestra vocación”* (AMS F. 33, 38).

¹³³ Cf. AMS F. 2, 20-21.

¹³⁴ BENEDICTO XVI, *Carta a los seminaristas 1*, en <http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/letters/2010/documents/hf_benxvi_let_20101018_seminaristi_sp.html> (17-09-2013).

¹³⁵ 1 Tim 6, 11-12.

¹³⁶ Cf. CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Directorio...*, 36, 39, 66, 97.

pontificia actual: *“Los hombres desean encontrar en el sacerdote a un hombre de Dios, que diga con san Agustín: «Nuestra ciencia es Cristo, y nuestra sabiduría es también Cristo»*¹³⁷. Esto pone de manifiesto la necesidad que hay en el sacerdote de transparenta y reflejar a Cristo en su vida y ministerio. Cuando se dice que el sacerdote ha de ser un “hombre de Dios”, lo que se quiere indicar es que se desea ver y reconocer en él aquellas virtudes que le identifican con Dios. Ser hombre de Dios es uno de los títulos que mejor definen al sacerdote.

Para nuestro autor, ser hombre de Dios significa ser un sacerdote que cuida su vida espiritual y, que como tal, se va progresivamente transformando en un ser divino, cuyos pensamiento, sentimientos y criterios de actuación tienen más de sobrenatural que de humano: *“El sacerdote debe ser un hombre como sobrenatural”*¹³⁸. Es la transformación espiritual de la que san Pablo tanto habla en sus cartas¹³⁹.

Don Marcelo tenía muy clara esta idea que venimos desarrollando y la procuraba encarnar en su vida sacerdotal. Para él, *“los sacerdotes somos de Dios de un modo particular”*¹⁴⁰. Ser hombres de Dios implica ser conscientes de que *“Él es nuestro amo y a Él pertenecemos por título nuevo”*¹⁴¹. Un título nuevo que recibe el sacerdote por medio de la ordenación y que implica una nueva forma de vida, que ha de ser más divina que humana, o mejor dicho, más conforme al querer de Dios que a las miserias propias de la condición humana; en definitiva, un hombre espiritual¹⁴².

Ahora bien, para llegar a ser y obrar de esta manera es imprescindible que el sacerdote tenga una profunda vida interior. Sólo se consigue transparentar y hacer presente a Cristo con la vida y el ministerio, si el sacerdote mantiene una profunda relación de amistad con Él. El cardenal Spínola encarece repetidamente al sacerdote a ello: *“El sacerdote ha de estar lleno de Dios; Dios debe ser la luz de su mente, el calor de su corazón, el resorte de sus acciones”*¹⁴³. Lo cual exige tratar asiduamente con Él¹⁴⁴. Este trato orante, íntimo, cercano y constante con el Señor, por el que el ministro de Dios irá alcanzando la configuración o personificación existencia con Él, es lo que le hará llegar a ser un hombre de

¹³⁷ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El presbítero, pastor y guía de la comunidad parroquial 1*, en <http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cclergy/documents/rc_con_cclergy_doc_20020804_i_struzione-presbitero_sp.html> (19-09-2013).

¹³⁸ AMS F. 33, 58.

¹³⁹ *“El hombre naturalmente no capta las cosas del Espíritu de Dios; son necesidad para él. Y no las puede conocer pues sólo espiritualmente pueden ser juzgadas. En cambio, el hombre de espíritu lo juzga todo; y a él nadie puede juzgarle”* (1 Cor 2, 14-15). *“Aun cuando nuestro hombre exterior se va desmoronando, el hombre interior se va renovando de día en día”* (2 Cor 4, 16; cf. Rom 8, 5; 12, 1; 1 Cor 2, 13; 3, 1; 9, 11; 10, 3-4; 15, 44-46; etc.).

¹⁴⁰ AMS F. 33, 19.

¹⁴¹ Ib., 20.

¹⁴² El hombre espiritual es aquel que, en palabras de san Pablo, se deja guiar por el Espíritu Santo: *“Aquellos que se dejan guiar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios”* (Rom 8, 14).

¹⁴³ MADRE ESPERANZA DEL CORAZÓN DE JESÚS, *Vida del Emmo. y Rvdmo. . . .*, 34-35.

¹⁴⁴ *“El medio [para ser sobrenatural] es la oración”* (AMS F. 33, 58).

Dios¹⁴⁵. Se trata, como dijimos al hablar del sacerdote como escogido de Dios, de “*estar con Él*”. Una comunión con Cristo que la tradición espiritual ha designado con el nombre de “*sequela Christi*”¹⁴⁶, y que es la condición imprescindible para que todo apostolado sea fecundo y duradero¹⁴⁷. Viviéndolo de esta manera, lo divino y sobrenatural (ese “*hombre de Dios*”) predominará y dirigirá toda la existencia del sacerdote, éste se irá gradualmente divinizando, transformándose existencialmente en otro Cristo¹⁴⁸, y su apostolado será cada vez más abundante y prolífero¹⁴⁹.

Pero, además, nuestro autor emplea este título de “*homo Dei*” en otro sentido. El sacerdote es hombre de Dios porque está pendiente y al cuidado de los intereses de Dios en el mundo¹⁵⁰. En este sentido, el ministro ordenado es el eslabón que enlaza los intereses de Dios y los del hombre. Ser hombre de Dios le hace ser, necesariamente, hombre del pueblo y servidor de sus hermanos: “*El sacerdote es el hombre de Dios, «homo Dei», vela por los intereses de Dios en la tierra, su honra, el respeto a su nombre, la observancia a su ley, el culto debido a su*

¹⁴⁵ La amistad que los sacerdotes han de tener con Jesús, es una de las enseñanzas más explícitas que encontramos en los evangelios cuando analizamos la relación que los Doce establecen con Él, y que determina la eficacia de su propia acción pastoral. Así, los Doce descubren que el ministerio al que Jesús les llama, consiste, ante todo, en un trato familiar y asiduo con el Maestro. Este “relacionarse con Jesús” lleva a un conocimiento amoroso y profundo de su persona y del camino que Él les encomienda.

¹⁴⁶ Esta categoría evangélica que encontramos en Mc 3, 14; 8, 34-38; Mt 10, 37-39; 23, 8. 18-22; Lc 9, 57-62; 14, 25-33; Jn 6, 70; 13, 18; 15, 6, señala la forma de vida concreta o “planteamiento existencia” de la vida apostólica, tanto a nivel externo o material, como en el plano interior de adhesión a Cristo (Cf. A. PIGNA, *Appunti per una spiritualità dei voti*, Edizioni OCD, Roma 2010, 17).

¹⁴⁷ Benedicto XVI lo ha expresado bellamente: “*Lo más importante en el camino hacia el sacerdocio, y durante toda la vida sacerdotal, es la relación personal con Dios en Jesucristo. El sacerdote no es el administrador de una asociación, que intenta mantenerla e incrementar el número de sus miembros. Es el mensajero de Dios entre los hombres. Quiere llevarlos a Dios, y que así crezca la comunión entre ellos. Por esto, queridos amigos, es tan importante que aprendáis a vivir en contacto permanente con Dios. Cuando el Señor dice: «Orad en todo momento», lógicamente no nos está pidiendo que recitemos continuamente oraciones, sino que nunca perdamos el trato interior con Dios. Ejercitarse en este trato es el sentido de nuestra oración. Por esto es importante que el día se inicie y concluya con la oración. Que escuchemos a Dios en la lectura de la Escritura. Que le contemos nuestros deseos y esperanzas, nuestras alegrías y sufrimientos, nuestros errores y nuestra gratitud*” [BENEDICTO XVI, *Carta del Santo Padre Benedicto XVI a los seminaristas 1*, en <http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/letters/2010/documents/hf_benxvi_1_et_20101018_seminaristi_sp.html> (17-09-2013)].

¹⁴⁸ Cf. A. GRANADO BELLIDO, *Consagrados a Dios*, 66; AMS F. 46, 28.

¹⁴⁹ ¿Y qué ha de hacer el ministro ordenado para alcanzar el título de hombre de Dios?: “*Como hombre de Dios, ejerce de modo pleno el propio ministerio, buscando a los fieles, visitando a las familias, participando en sus necesidades, en sus alegrías; corrige con prudencia, cuida de los ancianos, de los débiles, de los abandonados, de los enfermos, y se entrega a los moribundos; dedica particular atención a los pobres y afligidos; se esfuerza en la conversión de los pecadores, de cuantos están en el error; y ayuda a cada uno a cumplir con su propio deber, fomentando el crecimiento de la vida cristiana en las familias*” [CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El presbítero, pastor y guía de la comunidad parroquial 22*, en <http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/clergy/documents/rc_con_ccclergy_doc_20020804_istruzione-presbitero_sp.html> (19-09-2013)].

¹⁵⁰ “*El varón de Dios, de donde se desprende nuestra obligación de servirle como a nuestro amo*” (AMS F. 33, 17).

soberana grandeza. Es además hombre del pueblo, defensor nato por lo mismo cerca de Dios de la causa de éste, y le toca pedir, instar y obtenido favores dispensarlos desinteresadamente¹⁵¹.

g) Ministro del Señor

Y llegamos así a la última imagen que vamos a presentar en nuestro estudio, y con la que el beato Spínola explica la naturaleza del sacerdocio ministerial. Es cierto que en sus escritos podemos encontrar alguna que otra imagen más, pero éstas las emplea sólo de manera esporádica, mientras que las presentes las usa repetidamente. Hablaremos, pues, de la imagen del sacerdote como “ministro” de Dios¹⁵².

Se trata de una imagen clásica y altamente significativa, que nuestro autor toma de la tradición teológica sacerdotal más genuina, y que incide, fundamentalmente, en la dimensión de servicio y de envío que conlleva el sacerdocio ministerial. El cardenal Spínola dirá: *“Del apóstol es razón decir más bien que de nadie que es «homo missus a Deo» (hombre enviado por Dios)”*¹⁵³. Que el ordenado sacramentalmente se convierte en ministro de Dios y, por ende, en continuador de la obra salvadora de Cristo, lo tuvo claro el don Marcelo desde su ordenación presbiteral. De hecho, este fue el tema escogido por el predicador de su primera misa¹⁵⁴. Pero, ¿qué significa ser ministro de Cristo? ¿En qué consiste la misión “ministerial” que los sacerdotes reciben por la imposición de manos?

La primera característica que mejor explica esta imagen es la de servidor. El ministro es el servidor de Dios y de los hermanos¹⁵⁵. En el nuevo Testamento encontramos una larga lista de servicios eclesiales, de los que no siempre podemos precisar su contenido y significado, ya que varían según la Iglesia¹⁵⁶ o los

¹⁵¹ AMS F. 2, 20-21. *“Así enseña el Corazón de Jesús a todos los hombres; así enseña especialmente al sacerdocio; el celo como hombre de Dios, la caridad como hombre del pueblo”* [AMS F. 2, 20; cf. M. SPÍNOLA Y MAESTRE, “A nuestros muy amados diocesanos”, en BOAS 509 (1903), 89-125].

¹⁵² Cf. AMS F. 3, 54; AMS F. 32, 22-23; AMS F. 33, 22-39.

¹⁵³ AMS F. 3, 54.

¹⁵⁴ *“Porque si Jesús empleó eficazmente la verdad y la gracia como medios admirables de su celo para santificar al mundo... el sacerdote continúa su obra por los admirables medios de la predicación y de los sacramentos. Porque si ese Corazón dulcísimo soporta y sufre de parte de los malos, injurias, crueldades y la misma muerte... el ministerio del sacerdote prorroga en el mundo los prodigios de la infinita misericordia de Aquel”* (C. FERNÁNDEZ, *Recuerdo de la Primera Misa del Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Marcelo Spínola y Maestre, Arzobispo de Sevilla*, Imprenta de Izquierdo y C.ª, Sevilla 1900, 41).

¹⁵⁵ *“Ministerio viene de diakonia (griego), ministerium (latín), que significa “servicio”... Designa corrientemente un servicio concreto... el servicio a la mesa, el cargo de administrador, el servicio de Dios. En el N.T. es el que sirve en un sentido general o restringido. Son personas concretas con cargos muy variados de orden espiritual o administrativo. No se concibe en términos de poder y derecho, sino de servicio”* (Cf. J. RIGAL, *Descubrir los ministerios*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2002, 51-54).

¹⁵⁶ Iglesia de Jerusalén (Hch 1, 15-16; 6, 1-6), de Éfeso (Hch 14, 23; 20, 18-32; Tit 1, 5), de Roma, de Antioquía de Siria (Hch 11, 20, 26).

escritos neo-testamentarios¹⁵⁷. Esta variedad de ministerios la podemos agrupar en dos bloques: los ministerios establecidos por los Doce y sus sucesores¹⁵⁸, y los de origen carismático¹⁵⁹. Una gama de servicios que van orientándose hacia una unidad que converge en tres dimensiones del ministerio apostólico, que encontramos ya presentes en los tiempos apostólicos¹⁶⁰: a) el servicio de la palabra¹⁶¹, b) de los sacramentos¹⁶², y, c) de dirección y presidencia de la comunidad¹⁶³.

La segunda nota con la que explicar la imagen de ministro del Señor, es la de considerar al sacerdote un enviado; el enviado de Dios para una misión determinada: la de enseñar, santificar y regir al pueblo encomendado. Como afirma nuestro protagonista: *“El apóstol viene de Dios, es por Dios enviado de una manera más especial, más directa, más solemne. Trae su representación. Se presenta hablando de su parte y en su nombre. De donde se infiere que es elegido de Dios”*¹⁶⁴. Para nuestro autor, *“son ministros los vientos, el fuego también, los ejércitos que asolaban Israel, los ángeles”*¹⁶⁵, todos estos son ejecutores de la voluntad divina. Pero nadie como el discípulo encarna la misión de apóstol de manera tan perfecta. Jesús elige y unge a los Doce para hacerles partícipes de su propia misión y enviarles en su nombre¹⁶⁶. Una misión que consiste, fundamentalmente, en ser continuadores de su obra salvadora en el mundo. De hecho, el verbo que se emplea para designar a los elegidos por Cristo, es el verbo *“apostellein”*, que tiene la misma raíz que el sustantivo *“apóstol”*¹⁶⁷; es decir, *“enviado”*, *“representante del que envía”*, subrayándose así, que los Doce, como más tarde los ministros ordenados, han de hacer las veces de aquel que envía. Existe, por tanto, una continuidad entre el envío de Jesús por parte del Padre, y el envío de los discípulos por parte de Jesús.

¹⁵⁷ Cf. 1 Cor 12, 28.

¹⁵⁸ Cf. Hch 11, 30; 15, 2; 20, 28; 1 Tim 3, 2; 5, 17; Heb 13, 7; 1 Tes 5, 12-13; Ef 4, 11; 1 Cor 1, 2; Rom 15, 16. Al respecto, hay un dato importante a destacar en esta diversidad ministerial: la autoridad de los Doce (cf. Hch 4, 35. 37; 5, 2; 8, 14-17; 9, 26-28) y, especialmente, a la de Pedro como punto de referencia y unidad fundamental (cf. Hch 1, 15; 2, 14; 5, 3; 8, 14-17; 9, 32; 10-10; 15, 7).

¹⁵⁹ Éstos de origen espontáneo siempre se encuentran en comunión con la línea más *“institucional”* que proviene de Cristo, como se aprecia en 1 Tes 5, 19-21.

¹⁶⁰ *“Se nota, desde el principio, una cierta variedad y evolución de ministerios o, mejor, de formas de ministerios, quedando en pie una unidad fundamental: una acción divina (por Cristo y en el Espíritu), que congrega a la Iglesia a través del ministerio de los Doce y de sus inmediatos colaboradores. El pasado, el presente y el futuro, se unen en la fidelidad a la misión de Cristo y a la acción del Espíritu”* [J. ESQUERDA BIFET, *“Historia de la espiritualidad sacerdotal. Dinamismo espiritual y misionero de la vida sacerdotal en el Presbiterio”*, en *Teología del Sacerdocio* 19 (1985), 42].

¹⁶¹ Cf. Hch 20, 28-32; Ef 4, 11; 1 Tim 3, 2; 4, 6-13; 5, 17; 2 Tim 2, 2; Tit 1, 9; 2, 15.

¹⁶² Cf. Hch 6, 6; 8, 17; 20, 11; 2 Cor 5, 19.

¹⁶³ Cf. 1 Cor 12, 28; 1 Tim 3, 5; 5, 17; 1 Tes 5, 12; Rom 12, 8.

¹⁶⁴ AMS F. 13, 54.

¹⁶⁵ AMS F. 33, 22. *“En un sentido lato todas las criaturas son ministros de Dios. El sol, la luna, las estrellas, las nubes... ministros de beneficencia, de justicia”* (AMS F. 32, 22).

¹⁶⁶ Cf. Mc 3, 15; 6, 7-16; Lc 5, 10; 6, 13; Mt 4, 19; 10, 1. 5-15.

¹⁶⁷ San Lucas dice: *“Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos, escogió de entre ellos a Doce, a los que también nombró apóstoles”* (Lc 6, 13). Y san Mateo explicita: *“A estos Doce los envió Jesús con estas instrucciones”* (Mt 10, 5).

En el esquema de una reflexión espiritual sobre la vocación sacerdotal¹⁶⁸, Spínola comenta el versículo del libro de los Hechos en el que Dios se dirige a Ananías en una visión y le indica cómo ha de proceder con Saulo de Tarso: *“El Señor le dijo: «Anda, ve; que ese hombre es un instrumento elegido por mí para llevar mi nombre a pueblos y reyes, y a los hijos de Israel»*¹⁶⁹. En esta reflexión, nuestro personaje subraya la relación interna que existe entre la elección divina y la participación en la misión de Cristo, prolongada en el tiempo por los ministros ordenados. De esto, deducimos que los sacerdotes, estando al servicio de Dios y siendo enviados por Él, participan de la autoridad de Cristo. Una autoridad (*“exousia”*) transferida mediante la *“sucesión apostólica”*¹⁷⁰, y que consiste en la continuidad en la transmisión de la Tradición eclesial (el *“depositum fidei”*)¹⁷¹ y del ministerio ordenado instituido por Cristo, a través de los obispos¹⁷². Ésta es la conciencia de la Iglesia apostólica, con la que se establece un modelo de actuación para toda la historia posterior. Es, precisamente, la apostolicidad¹⁷³, que se expresa en la cuarta nota del credo Niceno-Constantinopolitano¹⁷⁴, con la que se señala el origen apostólico de la Iglesia, y que consiste en *“la propiedad, merced a la cual, conserva la Iglesia a través de los tiempos la identidad de sus principios de unidad tal y como la recibió de Cristo en la persona de los*

¹⁶⁸ Cf. AMS F. 33, 38-39.

¹⁶⁹ Hch 9, 15.

¹⁷⁰ El catecismo dice que *“para que el evangelio se conservara siempre vivo y entero en la Iglesia, los apóstoles nombraron como sucesores a los obispos, dejándoles su cargo en el magisterio”*. Y, *“dado que el sacramento del Orden es el sacramento del ministerio apostólico, corresponde a los obispos, en cuanto sucesores de los apóstoles, transmitir el don espiritual (LG 21), la semilla apostólica (LG 20)”* (CCE 1576; cf. CD 11 y CIC can. 368-369).

¹⁷¹ Cf. CCE 84.

¹⁷² Los cuales, han recibido la misma autoridad, misión y envío que el Hijo de Dios otorgó a los Doce con la intención de pastorear al pueblo de la nueva alianza, y con el propósito de que dicha sucesión se prolongara en la historia hasta el final de los tiempos. El principio de sucesión se encuentra ya vigente y operativo durante el período de redacción del N.T.Y, ya a finales del siglo II, cada Iglesia estaba guiada por un obispo, asistido por presbíteros y diáconos, y sabemos con certeza que estos obispos eran reconocidos como legítimos sucesores de los apóstoles (Cf. F. A. SULLIVAN, *“Magisterio”* en *Diccionario de Teología Fundamental*, San Pablo, Madrid 1992, 842-843; Y. CONGAR, *“La Iglesia es Apostólica”* en *Mysterium Salutis* IV, 1, Cristiandad, Madrid 1973, 561-573). Esta sucesión, además de estar presente en los textos citados, y en los que se evidencia la auto-comprensión de la Iglesia apostólica (2 Tim 2, 2); también la encontramos en muchos pasajes de los Santos Padres (El texto de la 1 carta de Clemente Romano 44, 1-2, es el primer testimonio patrístico implícito).

¹⁷³ Esta es una de las características principales que definen el *“ser”* de la Iglesia, su naturaleza y constitución. La Iglesia primitiva tiene conciencia de estar en comunión plena con los apóstoles, conservando la misión, la doctrina y los ministerios que habían recibido de ellos. Nuestra fe *“está edificada sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, siendo Cristo su piedra angular”* (Cf. Ef 2, 20). Para un estudio más detallado del tema de la *“apostolicidad”*, consultar: J. A. SAYÉS, *La Iglesia de Cristo. Curso de eclesiología*, Palabra, Madrid 1999, 296-304; J. RATZINGER, *El nuevo pueblo de Dios. Esquemas para una eclesiología*, Hélder, Barcelona 2005, 87-160; E. BUENO DE LA FUENTE, *Eclesiología*, BAC, Madrid 1998, 143-248.

¹⁷⁴ E. DENZINGER, *El magisterio de la Iglesia. Manual de los símbolos, definiciones y declaraciones de la Iglesia en materia de fe y costumbres* 86, Hélder, Barcelona 1997, 31-32.

apóstoles¹⁷⁵. Don Marcelo lo dirá con sus palabras: *“Al ausentarse de la tierra, quiso transmitir a otros su sacerdocio. El sacerdote fue un prodigio de grandeza. Los Santos Padres han dicho de él grandes cosas”*¹⁷⁶.

Para el beato Spínola, la importancia de mantener la conciencia de ser discípulo¹⁷⁷ y enviado de Cristo, y *“mirar por sus intereses”*¹⁷⁸, es fundamental. Por eso no escatima esfuerzo en presentarlo así a sus sacerdotes. Al incidir en ello, pide a sus colaboradores una total y absoluta configuración con Él, reafirmando cada día más el deseo y la voluntad de renunciar a todo por seguirle a Él: *“Nuestra elección está hecha; porque en la ordenación nos decidimos a militar en las filas de Cristo; renunciando una vez más al mundo; pero interesa que nos afirmemos en nuestro propósito”*¹⁷⁹. Un seguimiento que implica ese deseo de identificación total con Él, para reproducirle por completo en la propia existencia sacerdotal: *“El ministro debe estar penetrado de los sentimientos y del espíritu de Aquel cuya voluntad ejecuta, haciendo no su propio negocio sino el negocio de éste. Una caridad sacerdotal para con los pecadores, los menesterosos y caridad con todos”*¹⁸⁰.

2.2. *“In nomine ecclesiae”*: la identificación con la misión de la Iglesia

La Iglesia, sacramento universal de salvación¹⁸¹, constituye el segundo eje sobre el que gira la sacramentalidad del sacerdocio ministerial. A pesar de las oscilaciones internas y de las persecuciones externas que ésta ha sufrido a lo largo de dos milenios, su continuidad en el tiempo y la renovación que constantemente experimenta, ponen de manifiesto que en ella existe una fuerza misteriosa y eficaz que la mantiene fiel a su naturaleza y misión. Esta fuerza secreta proviene de la presencia y acción del Espíritu Santo¹⁸². Don Marcelo sabe por experiencia que esta presencia de Cristo en su Iglesia, por medio de la obra del Espíritu Santo, es lo que la hace estar a la altura de su misión y evitar convertirse en una institución anacrónica y obsoleta del pasado:

¹⁷⁵ J. A. SAYÉS, *La Iglesia de Cristo. Curso de eclesiología*, Palabra, Madrid 1999, 298.

¹⁷⁶ AMS F. 13, 74.

¹⁷⁷ Esta idea de Jn 20, 21, es la que Cayetano Fernández, predicador de la primera Misa de don Marcelo, desarrolló en su sermón (Cf. C. FERNÁNDEZ, *Recuerdo de la Primera Misa del Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Marcelo Spínola y Maestre, Arzobispo de Sevilla*, Imprenta de Izquierdo y C.^a, Sevilla 1900, 19).

¹⁷⁸ A la pregunta; ¿Tú, quién eres?, responde don Marcelo dirigiéndose al sacerdote: *“El ministro de Dios, de donde la necesidad de mirar por sus intereses”* (AMS F. 33, 17).

¹⁷⁹ AMS F. 33, 42.

¹⁸⁰ Ib., 22.

¹⁸¹ *“La Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humana”* (LG 1).

¹⁸² Cf. Mt 28, 20; Hch 1, 8.

“La Iglesia no vive arrinconada, como un objeto arqueológico o de arte, que se encierra en la vitrina de un museo y allí permanece intacto y sin que el tiempo lo destruya o deteriore por estar defendido del polvo y del aire. Preséntase al contrario la Iglesia al aire libre, en medio de la arena, y recibe las embestidas de todos los que la aborrecen, los cuales no son ni pocos en número ni escasos en fuerzas. No haber sucumbido al cabo de veinte siglos ni bajo el afilado acero de los poderes perseguidores, ni bajo la acción destructora de la corrupción humana... portento es que revela cómo Cristo está en ella sosteniéndola, avigorándola y dándole aliento y pujanza”¹⁸³.

Si la gloria de Dios es el fin último de la vida cristiana, el beato Spínola asociada a esta finalidad suprema un segundo fin, subordinado al primero: el bien de la Iglesia. Esta gloria de Dios que el sacerdote ha de defender y extender, se manifiesta con gran evidencia en una triple realidad: en la creación, en el hombre y, sobre todo, en la Iglesia:

“La gloria de Dios resplandece en el mundo material: el universo con sus maravillas es una como encarnación de ella, en tal modo que no podemos contemplarlo, sin sentirnos admirados y como encadenados por su grandeza. Encarnación asimismo de la divina gloria es el hombre, que criado a imagen del Hacedor, reproduce en su persona los rasgos característicos de la fisonomía del que lo engendró, inteligencia y amor como él. Pero aun más que en el conjunto de la creación, y todavía añadiríamos aún más que el hombre, déjase ver Dios en la Iglesia, a la cual osamos apellidar su encarnación última, y en efecto en ella hallamos la marca de su omnipotencia, y de su sabiduría sin medida, y el sello de su ilimitada bondad y de su amor infinito”¹⁸⁴.

Nuestro protagonista considera que es misión del sacerdote velar por el bien y esplendor de la comunidad eclesial; ya que en ella se muestra la omnipotencia, sabiduría y bondad del Altísimo, que el sacerdote está llamado a propagar. Por este motivo, para él la gloria de Dios y la gloria de la Iglesia son inseparables y han de ir siempre unidas: *“Fue siempre nota característica de los celadores de la gloria divina la vehemente solicitud, el vivo afán por el honor y el engrandecimiento de la Iglesia; y ambas prendas, el celo de la divina gloria y el celo por la Iglesia, guardan en ellos idéntica proporción, hasta el punto de ser la una exacta y cabal medida de la otra”*¹⁸⁵.

En el esquema de una predicación a sacerdotes, nuestro autor se pregunta sobre la naturaleza y misión de la Iglesia, y la finalidad del sacerdocio en ella¹⁸⁶.

¹⁸³ AMS F. 18, 29-30.

¹⁸⁴ AMS F. 13, 9-10.

¹⁸⁵ Ib., 10.

¹⁸⁶ Para el beato Spínola, *“Dios, Jesucristo, las almas son el solo tema de sus pensamientos; el reinado de Dios sobre los espíritus, el acatamiento debido a Jesucristo como Dios y como Hombre-Dios, medianero entre la tierra y el cielo, anillo divino que une al creador con la criatura, la salvación de los mortales, tales son los asuntos que la Iglesia revuelve en su mente. Lo temporal es siempre para ella accesorio, secundario, o hablando con más exactitud, es medio, nada más que medio para llegar a su fin”* [M. SPÍNOLAY MAESTRE, “Esfuerzos de la Iglesia”, en BOAS 553 (1904), 387].

Es esta cuestión responde aplicando varias imágenes o figuras que encontramos en la Escritura y con las que hace ver que la Iglesia es, en medio del mundo, continuadora de la obra de Cristo: *“Quién es la Iglesia. Figuras. El arca en medio de las aguas. El pueblo judío en medio de la gentilidad. El lugar santo en medio del pueblo judío. Creación de Jesucristo y obra en que sueña. La Iglesia completa y perpetúa su obra... Milagro de amor a los hombres. Milagro perenne; para ellos ha sido fundada, para que posean la verdad, para que posean el bien, para que lo practiquen. Así se imponen a nuestra admiración”*¹⁸⁷.

Decíamos que don Marcelo, al hablar de la naturaleza del sacerdocio, empleaba la imagen de “encarnación de Cristo”; ahora, al referirse a la Iglesia, volverá a aplicar esta figura. Una noción teológica que para él tiene mucho que enseñar al sacerdote. Si la encarnación de Cristo es la asunción de la naturaleza humana por parte del Verbo; este concepto es aplicado por el beato a la Iglesia, para decir que ella es la que ha recibido la misión de perpetuar en el tiempo y extender en el mundo la misión salvadora y redentora del Señor Jesús¹⁸⁸. Y todo ello, mediante los dones y las gracias espirituales que se encierran en la estructura visible de la Iglesia: *“La Iglesia es como otra encarnación del Verbo. Toma un cuerpo místico. En la Encarnación ocultó su divinidad. Aquí esconde su majestad y grandeza”*¹⁸⁹.

Este es un hecho en el que insiste frecuentemente nuestro autor en sus enseñanzas sacerdotales. Cristo sigue presente y operante en el mundo mediante el ministerio eclesial. El Hijo de Dios, tras su glorificación, sólo abandonó corporalmente este mundo, pero continúa presente en él, de manera espiritual y mística, tal y como prometió¹⁹⁰, realizando aquellos mismos signos y prodigios que obró durante su vida terrena:

*“Jesucristo, Maestro Celestial, vive en la Iglesia todavía y vivirá perpetuamente; consuelo inefable para los que andamos peregrinando por el valle de los dolores, y que por lo mismo nada tenemos que envidiar a los apóstoles y a los discípulos, que formaban el cortejo continuo del divino Redentor de los hombres... «Ego vobiscum sum»... frase no hiperbólica ni metafórica, sino exactamente ajustada a la realidad. Jesucristo, pues, prometió no apartarse de nosotros, y si lo prometió no puede menos de cumplirlo... Es, pues, no lo dudemos, cierto, ciertísimo que Jesucristo anda y vive con nosotros, como lo anunció; y si no se le ve, se le siente, se le siente de un modo que no permite desconfiar”*¹⁹¹.

¹⁸⁷ AMS Cuad. 44, 128.

¹⁸⁸ *“Porque habéis de saberlo; no somos santos, ni mucho menos; pero así y todo, hay en nuestro corazón tanto amor a la Iglesia y tanta ternura para con las almas de los hombres, y muy señaladamente de las confiadas a nuestra solicitud, que no podemos dejar de sentir en manera que no atinamos a explicar lo que pasa delante de nuestros ojos los males de la sociedad cristiana y los peligros de sus miembros”* [M. SPÍNOLAY MAESTRE, “Exhortación al clero de esta diócesis”, en BOM 20 (1886), 165].

¹⁸⁹ AMS Cuad. 44, 128.

¹⁹⁰ Cf. Mt 28, 21.

¹⁹¹ AMS F. 18, 29.

Una asistencia y acción divina del Redentor que se puede apreciar y reconocer en muchas situaciones de la vida cotidiana, sobre todo, en la vida de los santos: “Y su presencia [la de Cristo] se siente. Preguntadlo a Felipe Neri, que cuando se acercaba al sagrario, golpeaba la puerta diciendo: «Señor, aquí está Felipe»; preguntadlo a Teresa de Jesús, que con Cristo conversaba y trataba de día y de noche; preguntadlo a las almas buenas, las cuales invocan a Cristo en las horas supremas de sus agonías, y se hallan de pronto fortalecidas y renovadas”¹⁹². Esta promesa cumplida del Hijo de Dios es verificada tanto a nivel personal en la vida de los creyentes, como acaba de decirnos don Marcelo, como a nivel comunitario en la vida de la Iglesia, la cual, “considerada en su maravilloso conjunto da también testimonio de que el divino Maestro está sentado en medio de ella”¹⁹³. Una presencia y acción de Jesús que, como atestiguan los maestros del discernimiento, y como destaca nuestro autor, se verifica en los efectos que produce en la persona, en los frutos que deja en cada alma: “preguntadlo a los católicos... y todos os dirán unánimes: No lo hemos visto; iba oculto; marchaba envuelto en manto de misterio, como cuando se apareció a los discípulos de Emaús; pero era Él; conocimos el acento de su voz; experimentamos la fascinación de sus ojos; el corazón nos latía violentamente dentro del pecho; enardecidos en fuego santo, nos encontramos transformados”¹⁹⁴.

Ahora bien, si la Iglesia es encarnación del Verbo, y por ende, la encargada de transmitir la obra salvadora de Cristo; los sacerdotes tienen una gran labor al respecto: “El sacerdote celará la honra de esta madre, que es la honra de Dios, identificándose con ella y siendo ministro de su liberalidades”¹⁹⁵. La identificación del ordenado con la misión de la Iglesia, tal y como hemos indicado en el título de este epígrafe, es muy importante y requiere su incondicional amor a ella. Como afirma el apóstol san Pablo: “Cristo amó a su Iglesia y se entregó por ella”¹⁹⁶. Un hecho que se puede apreciar en la vida de Cristo y que constituye su pensamiento constante; su idea fija: “Era la Iglesia. Cristo la amó con un amor que vino a ser otra de sus pasiones”¹⁹⁷. Si Cristo la amó de esta manera, ¿qué no han de hacer los sacerdotes!; los cuales han recibido la vocación y misión de reproducir en todo a Cristo Cabeza¹⁹⁸. Así han de amarla los sacerdotes, con todo el ardor de su corazón, tal y como el Hijo de Dios lo hizo¹⁹⁹. De lo cual se deducen, en palabras de don Marcelo, los cinco principios básicos que el sacerdote ha de asimilar y practicar en este amor que ha de tener a la comunidad eclesial:

¹⁹² Ib.

¹⁹³ Ib., 30.

¹⁹⁴ Ib., 29-30.

¹⁹⁵ AMS F. 32, 44.

¹⁹⁶ Ef 5, 25.

¹⁹⁷ AMS F. 42, 45.

¹⁹⁸ “Y aparte todo lo demás, la carga de cada día: la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién enferma sin que yo enferme? ¿Quién tropieza sin que yo me encienda?” (2 Cor 11, 28-29).

¹⁹⁹ Cf. AMS Cuad. 44, 128.

*“El sacerdote debe: 1º recoger su verdad, 2º predicarla y enseñarla, 3º llevar a los pueblos a que se arrodillen ante el Santísimo donde reside su fundador, 4º someter a su imperio los pueblos, y, 5º defenderla”*²⁰⁰. Si analizamos a fondo estos cinco elementos, descubrimos que se trata de los tres oficios que aglutinan la labor ministerial del sacerdote, y que presentaremos a partir del tercer capítulo de esta segunda parte de la tesis²⁰¹.

Pero, además, en el amor a la Iglesia que el sacerdote ha de practicar, hay otro elemento que no podemos olvidar: la comunión. Este es un aspecto importante que defiende nuestro autor, viniendo a decir que sin su referencia explícita a la Iglesia el sacerdocio no es comprensible. No olvidemos que el sacerdocio es un ministerio eclesiástico, y como tal requiere de la Iglesia²⁰², de donde proviene y en cuyo ámbito se ejerce. La dimensión eclesial del sacerdote es esencial, porque el sacerdote es “en” Cristo y “en” la Iglesia y fuera de esta íntima relación no es nada. De ahí que estas relaciones configuren su identidad y espiritualidad²⁰³. Por eso los sacerdotes han de trabajar unidos mediante una sólida fraternidad sacerdotal que les ayude en lo material y espiritual a conseguir el fin al que se ordena su vida y misión²⁰⁴.

Se trata de situar en su justa medida la relación que el sacerdote tiene, por propia naturaleza, con su obispo, con el presbiterio diocesano, con la comunidad encomendada y con la Iglesia universal, cuya cabeza es el papa. Esta unidad y comunión del pueblo santo de Dios²⁰⁵, se manifiesta de forma particular en la vida y misión de los sacerdotes, quienes están llamados a vivir dicha unidad y a reunir *“en nombre del obispo a la familia de Dios, como una fraternidad con una sola alma, y conducirla a Dios Padre por Cristo en el Espíritu”*²⁰⁶. De esta forma, el sacerdote al actuar *“in nomine Ecclesiae”*²⁰⁷, se identifica plenamente con el sentir y la misión que Cristo confirió a su Iglesia²⁰⁸. Una capacidad de actuar en nombre de la Iglesia que encuentra su fundamento teológico *“en la misma*

²⁰⁰ AMS Cuad. 44, 128.

²⁰¹ El oficio de enseñar (*“recoger su verdad, predicarla y enseñar”*: la predicación), el oficio de santificar (*“llevar a los pueblos a que se arrodillen ante el Santísimo donde reside su fundador”*: los sacramentos), y el oficio de gobernar (*“someter a su imperio los pueblos y defenderla”*: acompañar a Dios).

²⁰² Cf. S. DEL CURA ELENA, *“Sacerdocio común y sacerdocio ministerial: el sentido del ministerio ordenado en la Iglesia”* en *El ser sacerdotal. Fundamentos y dimensiones constitutivas*, Publicaciones de la Universidad Pontificia de Comillas, Madrid 2010, 159-197.

²⁰³ Cf. PFS 42-46.

²⁰⁴ PFS 43; cf. PO 8.

²⁰⁵ *“Este es el misterio sagrado de la unidad de la Iglesia, en Cristo y por Cristo, obrando el Espíritu Santo la variedad de funciones. El modelo y principio supremo de este misterio es la unidad de un solo Dios Padre e Hijo en el Espíritu Santo, en la Trinidad de personas”* (UR 2).

²⁰⁶ PO 6.

²⁰⁷ Cf. LG 10, 28, 37; SC 33.

²⁰⁸ Dios Padre *“dispuso convocar a los creyentes en Cristo en la santa Iglesia. Esta aparece prefigurada ya desde el origen del mundo y preparada maravillosamente en la historia del pueblo de Israel y en la Antigua Alianza; se constituyó en los últimos tiempos, se manifestó por la efusión del Espíritu y llegará gloriosamente a su plenitud al final de los siglos”* (LG 2).

unidad de la consagración sacramental y de la misión... derivando de la propia condición sacerdotal"²⁰⁹. No olvidemos que *"el ministerio de los presbíteros es, ante todo, comunión y colaboración responsable y necesaria con el ministerio del obispo"*²¹⁰. De hecho, esta relación cuando *"es vivida en comunión fiel y con generosa cooperación... contribuye a su propia santificación"*²¹¹. Pues bien, el beato Spínola insistió mucho en la necesidad de esta comunión y cooperación mutua de los sacerdotes con el obispo. Señalamos, como ejemplo, la primera pastoral que escribe a los sacerdotes malacitanos, recién llegado a la diócesis:

"La primera palabra que hemos pronunciado al venir al suelo malagueño ha sido, como no podía menos de serlo, para todos nuestros diocesanos; era justo, hasta era necesario, más cumplido este deber y satisfecha esta necesidad, sentimos otra apremiante por extremo: la de hablar con vosotros, nuestros amados cooperadores en el ministerio sacerdotal, y hablar no desde las alturas de nuestra sede pastoral o de nuestra cátedra, como el que manda o enseña, sino desde abajo, desde el llano, departiendo con vosotros como amigo o como padre, y buscando en vuestra conversación consuelo a nuestras amarguras... Pero necesitamos cirineo, como Cristo, que nos ayude a llevarla; y quien a desempeñar ese importante papel está llamado es nuestro clero"²¹².

Unas enseñanzas que son permanentes en la vida de nuestro protagonista²¹³. Si la Iglesia es maestra, soberana y madre, como él mismo indica²¹⁴; el sacerdote ha de compartir estos títulos de la misma y ser su celador, transparentando en su vida y ministerio estas notas que definen la naturaleza y misión de la Iglesia. El ministerio ordenado al pertenecer a un presbiterio o Iglesia local es esencialmente fraternidad. Una vinculación a la Iglesia local y universal simultáneamente, que exige del sacerdote un estilo de vida que manifieste este amor a la comunidad eclesial²¹⁵, en la que ha recibido el orden y a la que pertenece sacramentalmente.

²⁰⁹ PFS 42.

²¹⁰ PFS 42; cf. PDV 17b.

²¹¹ PFS 42; cf. LG 41.

²¹² M. SPÍNOLAY MAESTRE, "Exhortación al clero de esta diócesis", en BOM 20 (1886), 165-166.

²¹³ Cf. M. SPÍNOLAY MAESTRE, "Circular nº 513", en BOM 7 (1891), 150; AMS F. 32, 63-64.

²¹⁴ "La Iglesia es maestra... La Iglesia es soberana... La Iglesia es madre" (AMS F. 32, 43).

²¹⁵ Cf. 2 Cor 11, 2; Ef 5, 25-32.



